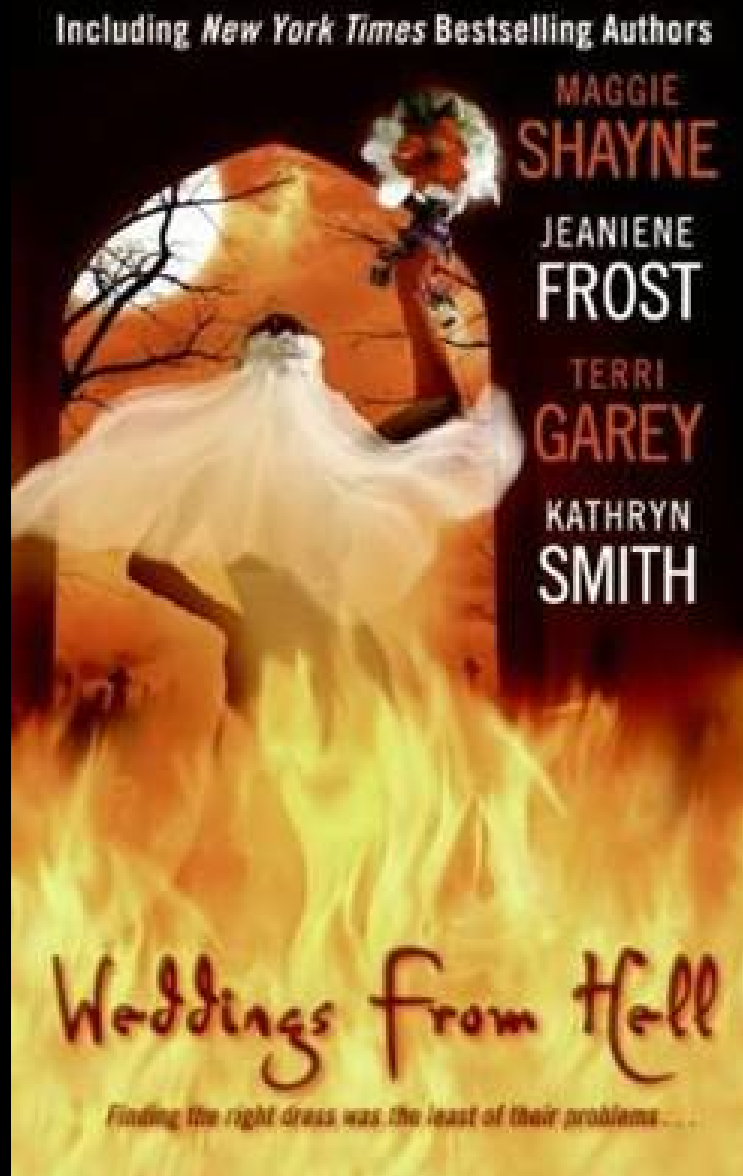


The wedding knight

Brotherhood of the Blood 3.5
Kathryn Smith

Weddings from Hell Anthology



Capítulo 1

Londres, 1879,

"Y claro usted sabe que Violeta se casará la próxima semana."

Payen Carr se heló, con una mordedura grande de bistec raro a medio camino de su boca. Él levantó su cabeza para sonreír agradablemente—falsamente— a la mujer mayor frente a su mesa. "¿Quién?"

Lady Verge lo arregló con una expresión vagamente reprendiendo, como si ella pensara que él era deliberadamente obtuso— que claro, él lo era deliberadamente.

"Violeta Wynston-Jones, la protegida del Conde de Wolfram. ¿Usted recuerda a la querida Violeta, no es así?"

Payen empujó el bistec en su boca y masticó pensativamente, mientras saboreando los jugos ricos cuando ellos abrazaron su lengua. ¿Recordar a la "querida" Violeta? Malditos sean todos, él no podría al parecer olvidarse de ella. Ella era la razón que él tenía para dejar Inglaterra hace cinco años, y ahora en su primera noche de vuelta en la ciudad, era ella la primer persona de la que había oído hablar. Él empezó a cortar otra rodaja de carne.

Casarse. Bueno. Por lo menos ella no había estado sentándose alrededor de la aflicción por él como él había temido. No afligiéndose en absoluto si ella se hubo encontrado a alguien que le gustó bastante como para casarse. Bastante para compartir una cama con él.

"Payen.!"

¿Con quién estaba ella casándose? Algún joven rico, sin duda alguna. Guapo, él



apostarí. Humano – sin duda-. Y probablemente continúa como un semental.

"¡Payen!"

Él miró hacia arriba justo cuando su plato de la cena se rompió. Él había manejado su cuchillo directamente a través de la loza fina. Oh, infierno. Avergonzado, él se encontró con la mirada azul abiertamente de Lady Verge. "Lo siento, chica vieja. No fue intencional."

"Yo diría que es seguro de asumir que recuerdas a la Srta. Wynston-Jones después de todo."

Un caballero debe recordar a las mujeres con cuyas camas él compartió, sobre todo las vírgenes. Especialmente aquéllas llamadas Violeta.

"Claro yo recuerdo a la muchacha."

Lady Verge lo miró con una mirada de barrena de mano, sus ojos antinaturalmente luminoso en ella, el cutis inglés rosa pálido. Él se había encontrado y había favorecido al Señor Verge unos cuarenta años atrás y había seguido siendo un amigo derecho de él hace ocho años hasta la muerte del hombre. El inconveniente más doloroso de inmortalidad estaba en ver que los amigos de uno envejecen y se mueren. Una vez, Payen había determinado para nunca favorecer de nuevo a un humano. Esa resolución no había durado más de diez años—una condena más la vista que tomaría mucho tiempo más que la mayoría de los votos que él hizo.

Un voto que él hizo muy en serio era su promesa para cuidar Margaret—Lady Verge—no que ella necesitó su ayuda. Ella era uno de los pocos humanos que sabían que él era un vampiro. Al principio ella había estado un poco asustada de él, y un poco hastiado, pero una vez ella había comprendido que él no era algún demonio no muerto, pillando niños, y vino a conocerlo como una persona, ella lo aceptó como el amigo de su marido, y el suyo

propio. Payen nunca se había molestado para decirle que él era una parte demonio, se volvió así bebiendo de buena gana de un cáliz que contuvo el ser de la Reina de los Vampiro, Lilith. Él había hecho para proteger ese mismo cáliz de otros que lo usarían para algún propósito oscuro desconocido, pero eso no cambió el hecho que como un "hijo" de Lilith él había sido maldecido para caminar en la oscuridad por el Todopoderoso. Era una historia larga, como la mayoría de las buenas eran, y él realmente no quiso que esta mujer asidua a la iglesia pensara que él era una afrenta a su Dios.

"¿Yo tomaría que usted no ha sido invitado a la feliz ocasión?"

"Se debe de haber perdido en el correo."

"Sí," ella estaba de acuerdo educadamente. "Eso pasa, de hecho."

El apetito ahora perdido, su plato en ruinas, Payen puso su cuchillo y el tenedor pulcramente juntos por la loza arruinado y dio golpecitos a su boca con su servilleta blanca nevada. "¿El novio de Srta. Wynston-Jones, él es un hombre bueno?"

"Lo es." malditos todos, eso no le simpatizaba a sus ojos, por qué era? Porque no debía estar allí—no podría estar allí, si ella supiera que él había robado a Violeta pronto-para-ser marido de su boda el premio nocturno. Y nadie supo que él y Violeta habían compartido una cama una noche gloriosa. Nadie pero los dos lo sabían.

"Ellos tenían su fotografía tomada para el compromiso. ¿Quizás después de la cena le gustaría verlo?"

No. Él preferiría comer este plato roto. Más bien pegar este tenedor en el suave, blando de su ojo. "Claro."

Después de un postre que él apenas saboreo—esto podría haber sido sucio por todo lo que él conocía—Payen siguió a su posadera a su salón—el único que destilaba en

encajes y pintado en un nauseabundo oscuro polvoriento rosa - y se sento mientras ella les vertió a ambos una copa de vino de Jerez. Su mente permanecida enfocado en el mismo tema durante la prueba entera.

Su Violeta estaba por casarse.

Eso significaba que ella no sería suya nunca más. Se suponía que eso era una cosa buena. Lo era. Era una sangrienta buena cosa.

Margaret—Él nunca la llamaría Maggie, o más peor, Peg—se unió a él en el sofá unos momentos después con una copa de vino de Jerez que también podría ser agua para él causaría el mismo efecto—y una fotografía ideada pequeña. A pesar de la falta de potencia del vino, él tomó una bebida antes de mirar el cuadro.

Negro, blanco y el gris no hizo nada para capturar el ser de Violeta, todavía allí ella estaba igual. Un puntapié en el pecho lo habría afectado menos. En un vestido firmemente digno con un grave escote cuadrado y ata a los codos, y su pelo espeso amontonó a encima de su cabeza, ella lucía cada pulgada como una mujer joven apropiada. Sólo él supo que no había nada recatado en ella, nada en absoluto. ¿Pero dónde estaba el destello en su ojo que él tanto adoró? ¿Por qué ella no estaba sonriendo y estaba convirtiendo sus mejillas en las manzanas pequeñas que él amó mordisquear? Ella parecía tan seria, tan madura. Él podía estar mirando a un extraño también con el pelo negro, ojos grises, y la piel gris pálida, vestidos todavía en más gris. Ésta no era su Violeta vibrante.

Y él culpó al hombre igualmente descolorido sentado delante de ella.

El novio—él no sabía el nombre del muchacho siquiera, y tampoco quería—era sólo eso, un muchacho. Él podría haber estado en los veinticinco—sólo unos años más joven que Payen había sido cuando él bebió de la Grial de la Sangre, tomando su juramento para protegerlo y al mundo de las fuerzas de mal hace más de siete siglos.

Cualquiera bajo la edad de 90 era juvenil hasta donde él estaba interesado. Qué era por lo que él no tenía ningún negocio de semejante interés en los asuntos de Violeta.

"Su novio es Rupert Villiers," Margaret comentó con la neutralidad forzada. "¿Guapo, no es?"

Payen se encogió de hombros, su mirada que nunca deja a la muchacha gris en la fotografía. "Yo no sabría el gusto actual de looks buenos." Él miraba al muchacho—Villiers—nada más. Él tenía un semblante tolerante. "¿Él es francés?"

"¡cielos, no!" Margaret era uno de esos Británicos que retuvieron un gran desdén por los de francia, no importa cuántos platos franceses ella sirvió y modas francesas que ella llevó. "Su familia ha sido Inglesa muchas generaciones."

Payen sonrió, mientras disfrutando incitándola adelante. "Pero ellos eran franceses, una vez en un tiempo. De Villiers, yo imaginaría."

Margaret olfateó y extendió su mano para la fotografía. "Él es un hombre joven encantador. Él fue a Oxford."

"Al igual que yo," Él contestó. Su mirada estableció en la fotografía una última vez, y cuando su vieja amiga intentó tomarlo, sus dedos se apretaron en el marco. La madera mano-tallada gimió. "Jesús H. Cristo."

"¡Ay!" Margaret agitó su mano como Payen cogió la fotografía de ella.

Payen la ignoró. Normalmente él se habría disculpado inmediatamente—él no era nada sino era cortés—pero el rugido de su propia sangre en sus orejas lo robó de todo pensamiento de decoro. Él estaba en sus pies, mientras mirando fijamente el detalle diminuto que había manejado agarrar su atención de algún modo.

Él no lo habría visto si Villiers no había escogido poner su mano encima de un hombro de Violeta.

En el dedo índice de la mano derecha del muchacho un anillo estaba. Su brillo le dijo a Payen que era color de plata, pero él podría ser indiferente al sello en la cima. Él era humano, él probablemente no podría ver el detalle, pero él no había sido humano desde antes de que la familia Villiers detuviera al ser francés.

El muchacho llevó la marca de la Orden de la Palma de plata. Había pasado mucho desde que Payen lo había visto, que al principio él casi no lo había reconocido, pero allí él el recordatorio estaba—uno de por qué él se había vuelto lo que era. Un recordatorio de traiciones que manejaron enfurecerlo aun ahora.

La Palma de plata se había formado por hombres que eran una vez Templarios—hombres que se suponían que estaban mereciendo del título de "caballeros." Era la Orden que había jurado proteger al Grial de la Sangre, y era la Orden que había traicionado a los Templarios extendiendo esos rumores horribles empezado por el Rey Felipe de Francia. Debido a ellos, muchos habían sufrido injustamente. Jacques de Molay, el último Gran Amo, se había quemado vivo. Payen había perdido a muchos amigos y a veces, él todavía sentía la culpa vieja de haber sobrevivido. El Grial de la Sangre desapareció—bajo la protección de otros ahora—pero todavía existía, porque él había hecho una promesa, y tanto como existiría el Grial de Sangre—también estaban los que lo anhelaban allí, era el gimoteo más ligero de la Palma de plata, y él seguiría.

Así de largo. Y lo enfrió al hueso ver evidencia del grupo él había empezado a esperar que no existiera. Su corazón se detuvo para ver a un miembro de esa orden sostener la mano de su Violeta.

"¿Payen, mi estimado, qué es lo que anda mal?" Margaret no escondió su preocupación, ella nunca lo hacía.

Él glanced a ella, sabiendo que ella había esperado sacar una reacción de él cuando ella le dijo sobre el matrimonio—y que él no le había dado lo que ella quiso. "¿Cuándo es la ceremonia?"

"Mañana por la mañana. Yo estaré saliendo a las ocho. ¿Payen? ¿Dónde va usted?"

Él le dio la fotografía. Él se tenía que dar prisa. Él tenía que llegar allí antes del alba. Tenía que llegar allí a tiempo para hablar a Henry y Liza, los guardianes de Violeta.

"¿Tiene mis cosas enviadas a Hertford, no es así, Muchacha Vieja? Y yo no debo preocuparme por levantarme temprano mañana por la mañana." Él sonrió severamente. "Allí no va haber ninguna boda."

* * *

Una muchacha debe estar contenta en la víspera de su matrimonio, pensó Violeta Wynston-Jones cuando miró fijamente alrededor del salón de baile atestado de su guardián, el Conde de la Mansión de Hertford de Wolfram. Una señorita joven debe ser extática que todos sus amigos y familia se habían reunido para dar testimonio a su casamiento con un hombre joven muy conveniente y guapo.

Entonces por qué ella no estaba contenta? ¿Por qué ella se golpeó por esta ansiedad persistente? La respuesta era tan obvia como el anhelo en su pecho cada vez que ella miraba fijamente a la puerta.

Payen no estaba allí. Él no estaría viniendo. Aun cuando él lograra llegar a tiempo de algún modo, él nunca podría arriesgarse a la luz del sol para mirarla casarse. Él no la amó bastante.

La luz del sol mata a los vampiros.

Enderezando su cuello—sus hombros demasiado anchos, ella a menudo se quejaba—ella se obligaba a estar de pie tan alto como era posible, qué con los talones en sus zapatos y el montón alto de su pelo, póngala en alguna parte cerca de seis pies. Fornido. Ése era lo que su padre la llamaba antes de que él se muriera. Fuerte. Sólido. *Robusto*.

Perdiendo peso a full durante los últimos dos meses no habían cambiado esa opinión de ella. Cada vez que ella miró en el espejo ella vio bien a una mujer satisfecha al trabajo forzado que a la vida de una señora. Aunque ella se vistió a la altura de la moda en un vestido delgado de raso de color de violeta que tenía corte bajo en la espalda unida a sus hombros, con un del cordón diminuto, se aferraba a su torso y caderas para espumar alrededor de sus piernas en las capas rizadas pequeñas, y caía en forma de cascada fuera detrás de ella en un tren pequeño de un bullicio delicado, recogido, ella todavía sentía cada pulgada la misma muchacha torpe grande que había venido a vivir con el conde y condesa—Henry y Eliza—después del paso de sus padres doce años antes.

El único tiempo que ella no se sentía como una niña era cuando Payen Carr la miraba, y ella no había puesto los ojos en él desde esa noche funesta hace cinco años.

Alzando un vidrio de champán a sus labios, ella permitió su mirada flotar sobre el salón de baile hasta que aterrizara en la forma alta, agradable del que sería su marido. Rupert se poseía el pelo espeso, ondulado, ojos azules luminosos y una sonrisa que podrían encantar al diablo en él. Él también tenía un buen sentido de humor y una mente inquisitiva que hacían la conversación con él un obsequio. Con algo de suerte, él sería uno de esos hombres que no reconocerían a una virgen de un plato roto y no notarían que su novia no era inocente.

Entonces de nuevo, después de cinco años, su himen había quizá crecido atrás. Ella había oído Eliza y algunos de sus amigos que hablan en broma una vez sobre semejante cosa.

Como si dándose cuenta de su mirada, Rupert se volvió su cara en su dirección. Su

mirada cerró con llave con la suya y él sonrió, mientras levantando su propia copa de champán en un saludo antes de tener su atención llamaron por su tía, la Señora Gantley.

"Tienes el aspecto de una novia de la mañana," vino una voz familiar a su codo. Era Eliza, la mujer que se había vuelto una madre a ella.

"¿Lo tengo?" El Violeta tomó un sorbo del champán apuesta del que ella pudiera decir el resto—algo semejante como pedirle a la mujer más vieja que la salve de su destino. Los nervios. Era sólo nervios.

"Sí." Desde que Eliza estaba sonriendo, Violeta tomó esto como una cosa positiva. "Sus mejillas son carmesís, sus ojos son luminosos y sus manos están temblando. Los temblores premaritales."

"Sí, usted debe tener razón. Me siento bastante... ansiosa."

"Es todo muy normal, mi querida." Eliza resbaló un brazo delgado alrededor de ella. A sólo encima de cinco pies, ella era un pedazo pequeño diminuto comparado al ego gigantesco de Violeta, con el pelo rubio glaseado y los ojos verdes pálidos.

"Me agrada oír eso." ¿Era normal seguir esperando el vampiro que robó su corazón y entonces lo abandonó atravesaría la puerta que insiste que usted estaba cometiendo un terrible error? ¿Era normal esperar que él lo alcance en sus brazos—porque un hombre que muy bien podría llevarlo alrededor como una muñeca—y llevarla lejos a alguna oscuridad, ruinas góticas dónde él la extasiaría durante una quincena antes de hacerla finalmente suya para siempre? Porque eso no parecía el pensamiento normal para una novia—no cuando el vampiro no era el hombre con el que ella estaba a punto de casarse.

"La noche antes de que yo fuera a casarme con Henry yo intenté huir," Eliza confesó en un tono misterioso, con una sonrisa que dijo que ella se alegraba de no haber tenido éxito.

"Yo formé una soga con mi ropa y atandolo de mi cama e intenté bajar del balcón."

Violeta se volvió a ella con sorpresa, mientras cerrando el espacio entre ellos para no ser oído por casualidad por los invitados entrometido. "¿qué pasó?"

Los hombros estrechos formaron un encogimiento de hombros diminuto. "Yo llegué a la verja del jardín. ¿Quién usted supone estaba esperando allí?"

"¿Su padre?"

Eliza agitó su cabeza, diamante y pendientes esmeralda que oscilan con el gesto. "Henry."

"¿Él supo que usted estaba huyendo?"

"No. Él estaba huyendo. Él apenas vino a decir adiós." Violeta quedo con la boca abierta, ella continuó, "Él no podría resistir la interferencia de su madre mas tiempo y había resuelto irse a Francia esa noche."

"¿Qué pasó? Obviamente usted se casó." Ella supo el resultado, pero lo ocurrido en ese lapso la fascinaba.

"Nosotros lo hicimos. Comprendimos que de lo de que nosotros estábamos corriendo era fuera de nuestras familias y sus planes y expectativas. Nosotros escapamos a Gretna Green—yo crecí por unas millas de allí en Cumbria, como usted sabe—y volvimos a tiempo para nuestra boda inglesa, ya casados."

Sonriendo abiertamente, Violeta agitó su cabeza. "¿Por qué? ¿Usted escapó, por qué pasar la ceremonia al próximo día?"

Eliza sonrió ampliamente, como un niño encantado. "Porque nosotros se lo debimos a nuestros padres que habían pasado por todos esos arreglos—pero nosotros pudimos

estar de pie contra su pesado-órdenes como hombre y esposa. Sabiendo que nosotros ya estábamos casados hizo que el resto dejara de importar."

Violeta se había encontrado a los padres de Eliza— de Henry también—y podrían imaginar sólo la fila que debe de haber resultado. "Su madre debe de haber querido remar su espalda."

"Ella quizo, pero había nada que ella podría hacer. Yo ya no era su preocupación."

Ellos compartieron una risita, y cuando Eliza ofreció sus brazos, Violeta entró en ellos sin la vacilación, mientras aceptando el abrazo y todo el amor que vinieron con él.

"Confianza en tu corazón, cariño," la mujer más vieja susurró en su oreja. "Nunca te dirigirá mal."

El buen humor de violeta se marchitó, pero ella guardó una sonrisa pegada en su cara. Ése era exactamente lo que la preocupó. Su corazón estaba diciéndole sacar el infierno sangriento de allí y correr tan lejos como ella podía.

Cuando Eliza la dejó devolver a sus deberes como la posadera, Violeta glanced alrededor una vez más, el pánico se construía en su pecho. Allí tenía que haber una manera de escapar. Una manera de salir sin defraudar a todos.

Y entonces, como si Dios viera y tomara la piedad en ella, la puerta al salón de baile se abrió. El cuarteto del cordón pequeño que juega en la esquina superior detuvo su música, y los bailarines con él. Todos nos volvimos su atención a este nuevo invitado que estaba de pie dentro simplemente en la puerta con su pelo arrugado por el viento.

El corazón de Violeta se detuvo frío. "Oh no," ella susurró, mientras lanzando una mirada descreyendo hacia el cielo. "¿Por qué usted tenía que contestar esta oración?"

Era Payen, no lucía mas viejo que en los cinco años que pasaron cuando él la había dejado. Oh su pelo era un poco diferente—más corto, quizá, pero así como espeso y dorado. Sus ojos eran el mismo color de jerez que ella recordó, sus labios así como exquisitamente perfecto, y casi demasiado femenino. Él era como los que personifican—Apollo si tuviera vida. Encima de seis pies alto, él usaba un traje de una manera que habría hecho los ángeles llorar. Cuando él barrió en el cuarto, capa negra que se arremolina detrás de él, guardó su atención atada en una persona—ella.

Violeta se estremeció bajo la fuerza de esa mirada y la intensidad detrás de él. Cualquiera de sus razones por estar allí—no eran por su felicidad, de eso ella no tenía ninguna duda.

Eliza y Henry lo interceptaron cuando él estaba aunos pasos de ella. Y Rupert, comprendiendo algo extraño estaba en marcha, vino a estar de pie por su lado. El salón de baile estaba callado, solo se escuchaban los murmullos. *¿Quién era él? ¿Qué estaba haciendo él allí?*

"Carr," Henry saludó calurosamente, si no un poco cautamente. "Es una sorpresa agradable."

"Yo no estoy aquí en una llamada social, Henry," hablo bajo, raspando la contestación del vampiro. Y él se parecía un rapaz esta noche—un vampiro de las sombras más oscuras. Y Dios la ayudara, Violeta le permitiría extasiarla allí delante de todos si él preguntara.

"Nosotros estamos celebrando, Payen," Eliza dijo suavemente. "Quizás usted no supo que Violeta se casará mañana."

Él ahorró una mirada, breve pero tan eléctricamente cargada que Violeta lo sentía hasta los dedos de sus pies. "Lo sé. Yo he venido a detenerlo."

Capítulo 2

El anuncio de Payen causó un pedazo de conmoción. Esto era, claro, comparado con las Cruzadas, la medida para todas sus confrontaciones.

"¡Maldición, Payen!" Ése era Henry. "¿Qué significa esto?"

Eliza se unió. "¿Detener la boda?"

El cuarto entero estaba en un alboroto, y el novio— el tiro un pequeño vistazo que Payen no tenía ninguna opción para llamarlo guapo en verdad —le estaba diciendo algo a Violeta, prácticamente gritando en su oreja.

Violeta no era habladora. Como él, ella era la única persona silenciosa en el cuarto. De hecho, Violeta no parecía estar escuchando a su novio. Ella estaba más bien mirando fijamente el propósito de Payen, quién estaba devolviéndole la mirada. Ella parecía... esperanzada.

Ella también parecía endemoniadamente bonita, incluso más que la muchacha que él recordó. Más que esa muchacha descolorida en la fotografía.

Tan alto. Con esos zapatos y esa masa de pelo sable ella era casi tan alta como él. Ella había perdido peso, pero eso sólo llamó más atención a la liberalidad magnífica de sus pechos, ideada deliciosamente por el escote cuadrado de un vestido el color de su nombre. Ella era como la diosa Juno hecha mujer—una verdadera Amazona. Su cara, sólo un poco redondeada para ser un ovalado perfecto, era la composición más fascinante de rasgos—largos, los ojos avellano, los pómulos altos como manzanas cuando ella sonrió, la nariz un poco delgada, ligeramente inclinó, y dulcemente, labios de la baya que parecían diseñaron para encorvar naturalmente en una sonrisa.

Ella no estaba entonces sonriente de hecho.

"Por qué usted quiere detener mi boda, Sr. Carr?" Su voz, suave como era, era bastante para hacerle querer dejar caer a una rodilla y prometerle la luna.

Varias cientos razones vinieron a la mente, pero una sólo importaba en ese momento. Él levantó un dedo y apunto a Villiers. "Él es un engendro de Satanás." No precisamente exacto, pero él no tenía tiempo para los detalles.

Una boqueada colectiva llenó el cuarto. La mandíbula de violeta dejó caer y Henry se coloreó como una lozanía de ginebra en la nariz de un borracho. "¡Usted se olvida de usted mismo, señor!"

Henry sólo lo llamó "señor" cuando él fue incomodado regiamente. Payen dirigió una mirada inexpresiva hacia él. "Yo lo aseguro, mi estimado Señor Wolfram, no me olvido de nada."

Su amigo frunció el entrecejo, mientras comprendiendo entonces obviamente, que él era mortalmente serio.

"Yo no sé quién usted es," Villiers le infirmó, caminando delante de Violeta como para escudarla. "Pero usted es afortunado, señor, ya que los duelos son ilegales."

Payen rastrilló al sinvergüenza pequeño con una mirada aburrida. "De hecho. Yo odio derramar sangre."

El significado más profundo de sus palabras no estaba perdido en Violeta cuyos ojos ensancharon cuando ella asomó alrededor de Villiers a él. Villiers, entretanto, carmesí una escarlata rica. "Usted no me conoce, todavía usted me insulta."

"Sí, eso habla mal de mí." Payen esbozó una inclinación. "Payen Carr, Sr. Villiers." Él extendió la mano y cogió la mano del otro hombre, mientras alzándolo así como a la luz que él intentó tirar gratuitamente. "Y éste es un insulto a mí." Él tuvo el cuidado para no tocar la plata que quemaría su carne como la llama encendida.

Villiers frunció el ceño al sello en su dedo. "¿Mi anillo lo insulta?"

"Yo me hastío por lo que simboliza, y aquéllos que lo apoyan."

Henry, quizás el único que recordó que ellos tenían un público, se interpuso entre ellos, mientras rompiendo el asimiento fuertemente Payen llevaban puesto Villiers. "Señores, quizás nosotros debemos discutir esto en alguna parte más privada."

Un ladrido descreyendo de risa pelado de la garganta de Villiers'. "¿Mi señor, ciertamente usted no cree a este loco?"

Henry, Dios lo ama, le envió una mirada austera al muchacho. "Mi estudio. Ahora."

Payen, Eliza, Violeta, y Villiers entraron en el paso detrás de él. Payen no se volverían más bien su atrás en el discípulo de la Palma de plata pero él confió que el bastardo no se arriesgaría exponiéndose intentando causar a Payen un daño corporal.

Él caminó al lado de Eliza, mientras ignorando las miradas fijas curiosas y cuchicheos cuando ellos cortaron a través de la muchedumbre. Él glanced alrededor del salón de baile en cambio, notando el color del salmón en las paredes y el en buen estado de crema. "Usted redecoró," él comentó ausentemente.

"Sí," Eliza contestó. "Hace dos años."

"Me gusta. Mucho más sencillo para los ojos que ese azul horrible que tenía antes cuando yo estaba aquí."

"Usted tiene mucho valor regresando de esta manera, mi amigo," ella murmuró exclusivamente para sus orejas.

"Ella no puede casarse, Eliza." Él podría decir de la luz sobresaltada en sus ojos que ella supo lo que él quiso decir—y que él haría todo en su poder para impedir la boda.

"Oh querido."

Detrás de ellos, Payen podría oír a Violeta y el sinvergüenza hablando. Sus voces eran bajas, pero no tan bajo que él no pudiera escuchar—oído selectivo era uno de las ganancias extras del vampirismo. La mayoría del tiempo él podría dejar fuera el mundo, pero cuando él quiso, él podría oír ratones que echan a correr anteriormente en el ático.

"¿Quién es este idiota?" Villiers exigió.

"Él es un amigo de Henry," Violeta contestó. Payen podrían haber sonreído a su tono defensivo, no era para él el hecho de que ella no había sostenido al "idiota" en el comentario.

"¿Qué es él de tí?" Ahh, ahora esto era interesante. Villiers era el celoso—no tan callado como él parecía, obviamente. Pero Payen supo que pareciendo mudo no excluía a un hombre de ser peligroso.

Violeta suspiró. "Ahora mismo, no estoy seguro."

Bastante hermoso. Después de todo él la había tomado y luego se fué de su vida hace cinco años y nunca intentaron seguir en contacto, pero eso no detuvo a su pecho descarriado de pellizcar a su contestación. Algunas parten de él esperó que ella supiera que él se motivó por nada más de un deseo de protegerla. Él preferiría salir en el medio del Parque de Hyde en una tarde de domingo y freirse como un huevo que verla

influenciada por la Orden de la Palma de plata, un grupo que no pensaría nada en destruir una cosa dulce como ella.

Henry los llevó de abajo, a una esquina de la parte de atrás de la casa dónde él mantenía su estudio. Hace años, cuando Henry y Eliza habían hecho esta casa apenas suya, Payen había bautizado ese cuarto el santuario de Henry. Estaba lejos del comedor y del cuarto de dibujo que a su esposa le gustó usar para entretenerse, y era grande bastante para contener una mesa de billar, un sofá y varias sillas, una mesa de tarjeta, y un escritorio de roble macizo. Este cuarto, él noto que agradablemente, no había sido re decorado.

Y entonces, claro, él se preguntó impropriadamente si Violeta hubiera cambiado algo sobre su alcoba, y si ella todavía tuviera esa recatada camisa de dormir que ella había llevado dulcemente, la noche caliente.

Esto cerca de ella, con el olor de ella sumergiéndolo a él como una cara lleno de lilas, era tan difícil guardar la memoria de esa noche a raya. Las imágenes de los dos de ellos entrelazaron, desesperado y la humedad, la oferta y temblor, inundaron a su mente. Sus encías tuvieron comecón con los colmillos listo para extenderse, el impulso de alimentarse era casi tan fuerte como el impulso por aparearse. Él había hecho los dos con Violeta, y que sólo afiló ambos apetitos aún más.

Una vez ellos estaban dentro del estudio, cada uno de ellos se movio alrededor de Payen hasta que él estuviera de pie en el centro de su círculo casual, las preguntas empezaron.

"¿Qué demonios quieres decir, entras en mi casa y causas semejante escena?" Henry exigió. "¡Qué diablos, Payen! Yo esperaba más de ti."

Payen le dio una inclinación rápida. "Usted tiene razón de tener tales expectativas. Yo no habría venido en absoluto sino fuera importante." ¿Era su imaginación, o él vio la mueca de dolor de Violeta fuera de la esquina de su ojo?

"Quizás debes explicarte," Eliza sugirió, cuando nadie del resto parecía inclinado hablar. Ellos sólo estaba de pie allí, mirándolo fijamente con grados variantes de curiosidad y antagonismo.

Payen se enfocó en Henry que él lo había conocido desde que era un bebé. Payen había sido amigo con sus padres, y su abuelo antes de eso. Hace mucho tiempo, un Rexley —el nombre de la familia de Henry—fueron unos Templarios igual que Payen, y ellos habían sido amigos. Esa relación había llevado a una conexión con la familia que había seguido desde casi cada generación. Los Rexleys eran las únicas personas con él que alguna vez se reveló, salvo un manojito de otros durante décadas innumerables.

Stephen Rexley fue matado por un hombre que llevaba un anillo justo como el de la mano de Villiers'.

Recordando eso hizo fácil para Payen mirar a Henry a los ojos cuando él dio tirones a su cabeza en la dirección de Villiers'. "Él pertenece al Orden de la Palma de plata."

Entendiendolo el color elevado de las mejillas oscuras de Henry se evaporo. "¿Estás seguro?"

"Su anillo lo demuestra."

"¿Qué demonios esta diciendo?" Villiers exigió, mientras rompiendo el círculo tomando varios pasos enfadados adelante. "¿Cómo usted sabe sobre la Orden? ¿Y cual es su negocio si yo pertenezco?"

Payen volvió su cabeza, mientras deteniendo en el mortecino hombre joven en sus huellas con una mirada simple. "Yo sé más sobre la Palma de plata que usted. Eran esas personas las que ayudaron a alimentar la desconfianza del Rey Philip de los Templarios. La Orden ha estado envuelto en cada parcela siniestro conocido para tripular desde que Judas traicionó a Cristo."

Villiers lo miró fijamente, con los ojos azules extensamente con miedo—y la contrariedad completa. ¿Cómo él podría parecer tan inocente y podría llevar aquel anillo?

"¿Usted piensa que Violeta no debe casarse conmigo debido a algo que pasó hace más de cinco siglos?"

De Molay se había quemado.

"Seis," Payen corrigió. "El decimotercero en octubre en el año de nuestro Señor trece-cientos siete." Él lo recordó como si fuera un manojo de años. "Y no. Yo no le permitiré casarse con Violeta porque usted es parte de una organización vil que debe de haber muerto hace mucho tiempo y estar fuera de existencia."

Si Villiers no lo hubiera enfadado antes, él hizo ciertamente ahora. Payen podría oler su miedo, su aversión. Había enojo allí como también—desafío.

"Usted va demasiado lejos, señor. Con quien Violeta se case no es su decisión, y no hay nada vil sobre la Orden. Yo explicaría eso a usted si yo no hubiera jurado secreto por nuestras leyes antiguas. Cada varón en mi familia por generaciones ha sido un miembro, y ninguno de ellos ha roto cualquier ley alguna vez o ha traicionado cualquier confianza."

El sonrió—fríamente a Payen. "No a otros miembros de todos modos. Pero su riqueza familiar se corrompe por la sangre de hombres buenos, Sr. Villiers. Hombres que fueron asesinados para que su Orden preciosa pudiera crecer."

Villiers se volvió su atención de Payen a Henry y Eliza, entonces la Violeta. "¿Ustedes tres no pueden creer esto?"

"No de usted, Rupert," Eliza dijo suavemente.

"¿Pero de mi familia?" Él empujó sus manos a través de su pelo, mientras riéndose casi histéricamente. "¡Yo no puedo creer esto! ¿Vi, tu no le crees, cierto?"

Ella lo miró fijamente. "Yo no quiero, Rupert, pero yo sé que el Sr. Carr tiene razón para sentirse así, y si usted pertenece a semejante grupo despreciable..."

"¿Despreciable? ¡Dios bueno, escúchate a tí misma! ¿Tú juzgarías como tal a una orden de la que nada sabes? ¿Una orden a la que yo, el hombre que se supone que amas, pertenece?" Sus manos se echaron encima de sus hombros. "Yo nunca dañaré a nadie. Tú lo sabes."

Ella cabeceó. "Lo sé."

Payen miró la confusión y obra de indecisión por sus rasgos. Él odió hacerle esto a ella. Cualquier satisfacción que vino de prevenir su matrimonio de este bastardo se disolvió siguiendo a su dolor. Él supo entonces que ese Villiers iba presionarla, y que ella sedería en culpa. Entonces, ¿Qué tendría él que hacer—robarsela lejos? Porque él podría, si eso es lo que pasaba.

Tiempo para más medidas clandestinas.

"¿Violeta alguna vez le dijo sobre mí?" él preguntó, su tono conversacional—sociable incluso.

Villiers lo disparó un ceño. "No."

"Hmm. Eso me sorprende." Violeta agitó su cabeza a él, con cara pálida cuando ella comprendió exactamente donde él iba. Él esperó que ella pudiera ver el pesar en su mirada.

"¿Por qué lo sorprendería?" El hombre más joven no podría mantener alejado la sonrisa

de desprecio de su voz o su cara. "Yo no veo cómo usted es de cualquier importancia."

Imbécil. "Pero lo soy," Payen le informó, cuadrando sus hombros. "Usted verá, hace cinco años, Violeta me dio un regalo maravilloso."

Violeta apretó una mano a sus labios. "Payen, no."

Villiers tomó otro paso hacia él, mientras todavía frunciendo el ceño. "¿Por qué yo debo preocuparme?"

Payen sonrió severamente. "Porque el regalo que ella me dio, Sr. Villiers, era su corazón. Usted verá, Violeta no puede casarse porque ella está enamorada de mí."

* * *

Ella podría matarlo. Podría alguien darle una espada para que ella pudiera quitarle su cabeza pagado de sí mismo de su divino hombros anchos.

En cambio, Violeta fue obligada a estar de pie allí, impotente y humillada cuando su novio y sus guardianes la miraron fijamente. Y Payen, ella notó, no lucía tan pagado de sí mismo después de todo. De hecho, él parecía avergonzado más bien. Él debía, el bastardo. Claro, podría haber sido más peor. Él podría mencionar que materia que eso involucra su virginidad.

¿Por qué de todas las razones tenía que ser la Orden de la Palma de platar? ¿Ella había oído bastante para saber por qué él los odió y estaba de acuerdo que él tenía razón, pero por qué eso tenía que ser la base para la objeción a su matrimonio? ¿Por qué él no podría profesar el amor eterno por ella en lugar de recordarle cómo ella había declarado sus sentimientos para él esa noche? ¿Él sabía que fue él único hombre que ella había amado tanto como para entregarse? ¿Él era tan tonto que él no podría ver que ella todavía lo amaba?

"¿Es verdad?" Rupert exigió, su voz ronco, su cara blanco.

Ella lo miró fijamente desvalidamente antes de volverse la misma mirada a Eliza y Henry. Henry parecía como si él pudiera asesinar alegremente a Payen por si mismo. También era malo que el vampiro podría asumir a los cuatro de ellos e incluso no parar para descansar.

"Vamos," Eliza dijo grandemente, mientras dirigiendo una mirada a Payen y a su marido. "Nosotros vamos a dejar Violeta y Rupert hablar solos."

"Yo no la dejaré con él," Payen gruñó. "de ninguna maldita forma."

La mujer rubia pequeña brilló a él. Suavemente, para que sólo él y Violeta oyeran, ella murmuró, "Harás lo que yo digo, Payen Carr, o me aseguraré que las cortinas de tu cuarto se abran antes del mediodía."

La mandíbula de Payen se apretó, y esos labios perfectos adelgazaron, pero él no discutió. Él disparó una última mirada despectiva a Rupert antes de seguir a Henry y Eliza a la puerta. Violeta no sentía una onza de dolor hacia él por la confrontación que él estaba a punto de tener con sus padres adoptivos.

Ella era, sin embargo, sentía una grande pena por ella misma.

La puerta pulsó el botón cerrado, dejándola sola con su novio, un hombre maravilloso que ella nunca quiso herir. Un hombre cuya atención a ella se había sentido afortunada de tener, si ella fuera honesta, no lo podía que creer pero Payen podía encontrarla atractiva también.

Rupert alzó su mirada de sus zapatos que él aparecía haber estado contemplando. Su pelo era desgredado y sus ojos eran luminosos con la desilusión y herida. Antes de que

ella lo hubiera pensado guapo, ahora él se parecía a un muchacho simplemente ante ella. Guapo no significó nada después de que Payen había agobiado su belleza.

"Yo no lo merezco," ella dijo suavemente, no sólo porque era verdad, pero porque era todo lo que ella podría pensar decir.

"¿Es verdad?" Él exigió, uniendo el entrecejo. "¿Lo amas?"

Ella dudó, y supo por su expresión que ella no debería. Él supo que había más ahora. "Lo hice." hecho.

"¿Tú...hiciste el amor con él?"

Esa frase la hizo querer reírse tontamente. ¿Hacer el amor? Ella había pensado que sí en el momento, pero lo que ella había hecho con Payen...eso había estado al mismo tiempo crudo y dulce, tan malo y todavía tan correcto. No era nada tan trivial como hacer el amor—amor que ya había sido anhelado antes de que ella lo permitiera en su cama.

Ella podría mentir, decirle lo que él quería oír, pero eso no era justo para él. Ella había estado buscando algo para escapar y ahora lo tenía. Era tiempo para ser un adulto y enfrentar sus errores—encarar al hombre y decirle que se había equivocado. "Sí."

Rupert cerró sus ojos, pero no antes de que ella viera la angustia en ellos. "¿Por qué no me lo dijiste?"

"Yo no pensé que era tu asunto." Quizás eso era demasiado poco honesto.

"¿Nio era mi asunto?" El enojo reemplazó la herida, mientras aliviando la culpa que agujereó su pecho. "¿Cómo no era mi asunto que mi novia había abierto sus piernas para otro hombre?"

Éste era un lado de él que ella nunca había visto antes. Lo hizo más fácil para ella, y abusó de eso, tan vergonzoso como era. "¿Te he preguntado si haz estado con otras mujeres?"

Él parecía afrentado. "Eso es diferente."

"¿Porque eres un hombre?"

"Claro. Se espera que los hombres sean experimentados, así como se supone que una esposa sea virgen para asegurar la legitimidad del primero nacido."

Violeta se rió. Ella realmente no podría ayudar en esto—esto era tan ridículo. "Fue hace cinco años, Rupert. Yo pienso que tú pudieras exigir a cualquier niño seguramente como tuyo propio."

Su cara era una máscara de aversión. "Sin la garantía que tú no habías estado con alguien más antes o después de nuestros votos."

Él tenía derecho para estar enfadado, Violeta supo y aceptó eso, pero ella no se dejaría hablar de semejante manera. Ella no dejaría que lo que ella había compartido con Payen se volviera un defecto en su carácter.

"Sí," ella estaba de acuerdo. "Quizás usted debe asegurarse yo no lo hubiera hecho con el sacerdote—o mejoran todavía, con tus caballeros de honor."

Él vació. "Una dama no usa tal lenguaje."

"Tú ya has establecido que yo no soy ninguna dama, Rupert, por lo menos no a tus ojos. Yo cometí un error juvenil y tú me castigarías por él, a pesar del hecho que yo sé que tú fuiste a ese burdel, Maison Rouge, hace tiempo cuando estabas en Londres."

Su boca se cayó abierta. "¿Cómo lo sabes...?"

"Yo oí por casualidad a tus amigos Halpert y Gibbs que hablaban sobre ello esa noche que fuimos al teatro. Yo te perdoné porque pensé que merecias una última indiscreción antes de establecerte. ¿Díme, Cómo haberlo hecho con una prostituta te hace mejor que yo?"

Su boca trabajó, pero ningún sonido salió. Él echaba una mirada alrededor del cuarto, como un hombre ahogándose que busca algo a lo que agarrarse.

"No lo hace," ella contestó cuando él permanecía callado. Cualquier culpa que ella sentía se fue ahora. Ella no había esperado su perdón, ni su comprensión, pero por Dios, ella no toleraría este tipo de trato—no de un hombre que le clamaba amor por ella cuando él pidió su mano en matrimonio.

Si él la hubiera amado, él la habría seducido en lugar de ir a un burdel. Si él la hubiera amado, él nunca habría ido en absoluto a una prostituta.

Payen nunca habría hecho semejante cosa. Él tenía sus faltas, pero la falta de lealtad no era ninguna de ellas. Después de todo, él había destruido simplemente su compromiso por la necesidad arcaica de protegerla. Tan enfadada como ella podría estar con él, como la hirió y defraudó, ella también le agradecía.

"Yo pienso que usted debe salir ahora, Rupert." Le dio la espalda, ella estaba de pie y a pesar de eso, no cuidaba que ella era tan alta como él, no dando un higo sobre cómo ella parecía o cómo grande ella era. Aun cuando ésta era la única oportunidad que ella tenía en la vida al matrimonio, ella no le pediría a este hombre que la tuviera.

Ella no podría ser perfecta, y ella tenía demasiadas faltas en lista—pero ella merecía ser respetada por su marido. Ella merecía amor, lealtad, y compasión. No era menos de lo que ella daría.

Él parecía como si estuviera a punto de hablar, y ella había oído bastante. "Yo les diré a nuestros invitados que la boda se ha cancelado y veré que todos los regalos se devuelvan, no necesitas preocuparte. Y los bocadillos se darán a los menos afortunado del pueblo."

"Lo tienes todo resuelto ya." Su tono era una mezcla de escepticismo, herida, y desprecio.

"Supongo que he estado teniéndolo en cuenta estos últimos días." Permitiéndole cocinar eso.

Él no defraudó el asombro de ella—su cara le dio por lo menos un pedazo de satisfacción ante culpa que amenazó aplastarla una vez más. Terminar su compromiso era lo mejor para ambos.

"Yo no tenía que aceptar su propuesta en primer lugar," ella le dijo. "Y lo siento verdaderamente por eso, pero por nada más yo podría hacerlo—cualquier cosa sucedida entre yo y Payen—me niego a disculparme, a ti o a cualquiera. Tú sabes el camino de salida."

Y entonces ella giro sobre sus tacones y salió del cuarto con toda la dignidad que ella podría.. No era mucha, pero la indignación y una cierta cantidad de alivio la incitaron.

Ahora ella iba encontrar Payen y tener una pequeña charla, porque si ese vampiro pensara que él pudiera volver dentro de su vida, arruinarla, y luego alejarse de nuevo él se llevaría una gran sorpresa.

Ella no le permitiría alejarse. No esta vez.

Capítulo 3

Henry y Eliza fueron duros con él, pero no más de lo que él esperaba. Sin tener en cuenta su amistad con ambos, él había estropeado el matrimonio de su protegida y posiblemente su reputación. Eso fue lo que él hizo mal, y lo haría de nuevo si podía.

Todos lo que él tenía que hacer eran enfocarse de aquí en adelante y ahora y no excederse demasiado reviviendo sobre cómo la declaración de Violeta lo había aterrado y lo había estremecido cinco años antes. Y cómo había encendido un fuego bajo sus tacones. Él la había seducido y la había dejado.

Maldición, ella lo había seducido.

El conde y su condesa entendieron su motivación por lo menos. Ellos sabían por Stephen Rexley—un hombre quien había sido el mejor amigo de Payen antes de su muerte. Ellos conocieron la naturaleza vil de la Orden de la Palma plata y entendieron que Payen no querrían ver a Violeta enlazada a semejante grupo. Lo que ellos no entendieron es cómo alguien como tan "bueno" como Rupert Villiers podría ser parte de semejante organización.

Personalmente, a Payen no le preocupaba, pero él ofreció una sugerencia para aliviar su mentes—él no era totalmente un insensible. "La conexión familiar podría ponerlo dentro de ellos sin quererlo por sí mismo," él les dijo. "Pero ahora que él es uno, tendrá que sufrir pruebas y ensayos similar a un iniciado. Ellos querrán saber lo de que él es capaz, o si no es digno de ser un verdadero Discípulo."

"Hay esperanza entonces por él." Eliza no se molestó en disfrazar su propia esperanza. "Él no puede ser el bribón tú crees que es."

Payen le resbaló una mirada afilada. "¿Tú estás dispuesta a apostar la vida de Violeta en si él quedará inocente?"

Ella frunció el entrecejo, se parecía a su marido. "Pero..."

Payen no cedió. " Para él para haber recibido un anillo basado exclusivamente en el nombre, su familia debe estar muy involucrada Eliza. Ellos no dejarían entrar a Villiers a menos que ellos estaban seguros él adoptaría sus tradiciones e hiciera lo que ellos le quieran."

"Han pasado siglos, Payen," Henry intentó razonar con él. "Ciertamente la Orden que existe hoy es diferente a la que tú enfrestaste."

Él tenía que obligarse a que permanecer tranquilo, para recordar de donde provenía su duda. Ellos no estaban intentando luchar intencionalmente con él, simplemente querían que todo esto se resolviera.

"Si yo caminé ahora mismo en una de sus reuniones y anuncié lo que yo era—Templario o vampiro, yo tendría suerte de salir vivo. Y cualquiera asociado conmigo estaría en peligro."

Algo chispeó en los ojos de Henry. "¿Tú sospechas que Villiers' se interesa en Violeta debido a tí?"

"Mi Dios," Eliza respiró, mientras apretando su palma al pecho de su vestido de seda verde. "Esto no puede estar pasando."

Payen se encogió de hombros. Realmente él no había pensado en eso, pero ahora que la idea estaba en su cabeza... "es posible. ¿Él ha preguntado alguna vez por mí?"

"No," Henry contestó. "Hasta esta me imagino que él nunca te ha oído mencionar." Su

expresión se puso incómoda, incluso apologético. "Violeta estaba tan disgustada después de que tú dejaste la última vez que nosotros entramos en el hábito de no discutirlo delante de ella."

La mirada de Eliza estaba más fresca que su marido. Sin duda ella supuso que Violeta no había declarado su amor a menos que la provocaran. "¿supongo que nosotros sabemos ahora por qué ella estaba tan disgustada, no es cierto? ¿Cómo pudiste, Payen?"

"Sí," vino una voz de detrás de él. "¿Cómo pudiste?"

Él había oído abrir puerta, claro. Oyó las pisadas suaves y cortas, respiraciones enfadadas. Le permitió hacer su entrada, le permitió pensar que ella lo cogió desprevenido.

Él se volvió, arqueó su frente, su cara perfectamente compuesta. Todavía, la visión de sus mejillas carmesí, sus ojos reluciendo, se llevó su respiración. Ella parecía como si ella pudiera atravesarlo alegremente —y si él tuviera una espada estaría tentado a dársela sólo para verla intentarlo.

Las mujeres con armas siempre habían sido una debilidad suya.

Sus miradas se encontraron y cerraron con llave, y le parecía a Payen como si chispas bailaran entre ellos literalmente. Él sonrió abiertamente. "¿Qué te tomó tanto?"

Ella no le devolvió la sonrisa. De hecho, sus ojos densamente azotados se estrecharon cuando ella brilló a él. "Yo tenía una boda para cancelar." Estaba quitando la sonrisa de su cara, pero no lo hizo totalmente.

Eliza dijo algo en simpatía, pero Payen no estaba escuchando. Él guardó su atención enfocada en la Amazona ante él, notando la suavidad de su mejilla, las curvas lujuriantes de sus pechos que fatigan contra el escote de su vestido. Para él, Violeta estaba como un

melocotón maduro, succulento que ruega ser tirado simplemente, mordido, y succionado.

Sabiendo que él había impedido a Villiers ser el hombre para hacer eso, ni siquiera lo molesto un poco, maldición. Sabiendo que él podría haber roto el corazón de Violeta... bien, ésa era otra cuestión.

"Yo pienso que Violeta quiere hablarme a solas," él dijo, mientras inclinando su cabeza en la dirección de sus amigos. Su mirada nunca dejó a la mujer cuyo toque frecuentó sus sueños.

"Yo no voy a dejarla sola contigo." La voz de Eliza cercó con convicción. "No después de lo que tú hiciste."

Para sorpresa de Payen, fue ella quién se interpuso. Ella giró su mirada de avellana hacia su madre adoptiva y dijo, bastante serenamente, "Esta bien, Eliza. Me gustaría hablar con Payen a solas."

Ignorando a Henry y Eliza, Payen estudió cuidadosamente a Violeta como su atención regresaba flotando hacia él. Había una confianza en ella que no había estado allí antes—no en su apariencia física, pero en sí en su ego interno. Ella no era una cosa pequeña tímida como su homónimo. El orgullo calentó dentro de él. ¿Había mujer semejante en Violeta? Como una muchacha ella lo había cautivado y lo había seducido. Tal como recordaba su memoria cada vez que ella regresaba. Y ahora, como una mujer, ella lo hizo dispuesto para dejar caer sus rodillas en fidelidad ante ella.

Cuando la puerta pulsó el botón cerrado detrás de sus guardianes, ella levantó su barbilla, su mirada que se cierra con llave una vez más. "Yo debo despreciarte por lo que has hecho."

Él cabeceó. "Sí."

"Tú deliberadamente traicionaste un momento privado—una declaración privada—entre tu y yo sólo para conseguirlo a tu manera."

Un momento que él nunca se olvidaría. "Sí."

"Has estropeado mi boda."

¿Él realmente necesitaba contestar más de estas preguntas retóricas? Él enderezó sus hombros. "No esperes que yo me disculpe, porque no lo siento."

Su cara ablandó. "Gracias."

Payen pestañeó. Agitado su cabeza. "¿Disculpa?"

Violeta vino hacia él, los puños fijaron flojamente a sus lados. "Gracias por hacer lo que yo no tenía el valor para hacer." Ella sonrió tan alegremente—dulcemente. "Tú siempre eras mi caballero de armadura brillante."

Y entonces la cosa más extraña pasó. En lugar de exigir saber lo que eso significaba—por qué ella no había querido casarse con Villiers (estaba el bastardo forzándola en el matrimonio?)—Payen tomó un paso adelante, empujado por una mano invisible. Violeta también y luego ella estaba en su abrazo, sus brazos la envolvieron alrededor de sus hombros, dedos en su pelo como sus labios en los de ella.

Cristo, ella sabía tan dulce. Sus labios eran tan flexibles, tan lujuriantes bajo los suyos cuando ellos se abrieron para él sin halago. Su lengua se encontró con la suya con una pasión que lo agitó. Ninguna mujer había respondido alguna vez a él como Violeta—ninguna mujer había sacado tal respuesta fuera de él. Él realmente duro, preparado para tomarla allí, estando de pie en medio del estudio de su amigo. Él podría hacerlo también, soportando todo su peso cuando ella envolviera esas piernas fuertes alrededor de su cintura, la sostendría cuando ella resbalara abajo sobre la longitud de su miembro.

Él gimió en el calor húmedo de su boca, y envolvió sus brazos más herméticamente alrededor de ella. Ella no se esforzó, no lloriqueó en la incomodidad. De hecho, ella tiró a su pelo, asido a su hombro, mientras excavando sus dedos en el tejido de su chaqueta hasta que él sintiera los cinco puntos de presión en su piel. Tan fuerte, su Violeta.

Él alzó su cabeza simplemente bastante para mordisquear en su más bajo labio lleno. Sus colmillos se habían extendido parcialmente, ávido por tener un pequeño mordisco. Él ignoró ese hambre ahora. La presencia de Violeta está embriagandolo en este momento, él era más hombre que vampiro.

"Yo te extrañé," él se oyó confesar, jadeante y ronco contra sus labios. "Vi, yo te extrañé maldición mucho."

Ella tiró atrás, mientras sonriendo a él. Por un segundo él pensó que ella podría hacer eco del sentimiento, pero ella no hizo. Entonces él pensó que quizá ella iba a empujar su rodilla entre sus piernas, pero ella no hizo eso.

Ella también podría tener, sorpresas en sus palabras, "Tú no viniste aquí debido a Rupert y la Palma plata."

"¿No?" Él cuestionó silenciosamente, todavía pensando con un órgano mucho más bajo que su cerebro.

Su sonrisa creció. "Ésa era simplemente la excusa que necesitabas para detener mi matrimonio. Pregúntatelo, Payen, por qué necesitabas hacer eso. Entonces, quizá yo te perdonaré por hacerme esperar cinco años."

"Violeta—"

Ella lo cortó, lo empujó lejos, y él lo permitió. "Miéntete si quieres tu mismo, pero después

de todo este tiempo, no intentes mentirme a mí. Tú me debes al menos eso."

Y entonces ella le dejó estando de pie allí, duro y córneo, sintiendo cada pulgada al idiota.

Porque ella tenía razón.

* * *

Payen Carr estaba enamorado de ella, Violeta tenía la certeza de eso.

Lo que no era tan cierto era si el propio Payen lo conociera. Oh, él había reaccionado a ella de todas las maneras correctas, pero ella no tenía ninguna duda en su mente, que él de verdad había destruido su boda fuera del odio por la Palma de plata.

"Gilipollas," ella dijo alto, mientras puntuando el silencio cuando ella puso un presente hermosamente envuelto en un montón de otros para ser devuelto.

Su amiga, Sarah miró en sorpresa. "¿Qué fue eso?"

Ellos habían estado trabajando toda la mañana, pegando las etiquetas a los regalos para que los lacayos supieran dónde entregarlos, y ordenándolos según la situación. Los únicos de Londres, y esos más lejanos en el extranjero, tendría que ser entregado por el correo, claro.

"Yo dije gilipollas." Violeta encendió una sonrisa firme.

Sarah pestañeó, los ojos azules anchos desconcertaron. "¿Alguna razón en particular de por qué?"

"Porque los hombres son basura." Ella apuntó una dirección en una etiqueta. "¿Sabes que Rupert realmente entró en un enfado por lo de Payen? Está bien para él ir a un burdel, pero una indiscreción y yo soy una mujerzuela."

Rizos rubios inclinados como Sarah ponderaron la declaración. "Gilipollas," ella chirrió, mientras dibujando una risita por las dos.

"¿Tú lo lamentas?" Su amiga preguntó después de que su risa se marchitó.

"¿Lamentar qué? ¿Sacar a patadas a Rupert?" Violeta ató otra etiqueta. "No, no lo hago." Ella no lo hizo. No iba a admitir haber querido escapar de la boda, porque eso estaba demasiado frío, y aún una buena amiga como Sarah no podría entender, pero ella no tenía los sentimientos dolientes sobre mostrar a Rupert la puerta después de lo que él le había dicho anoche.

"No." Sarah se apoyó abajo, como si hubiera una oportunidad de alguien oír por casualidad. "Que si Lamentas haber... intimado con el Sr. Carr?" Claro ella sabía. Violeta había llorado en su hombro después de que Payen la dejara.

Violeta se calmó, considerado la contestación que tenía saltar pronto de su lengua. "Nada." Se sentía bien admitirlo a alguien más que a ella. "Yo he intentado pensar en él como un error, pero ahora pienso que fue la única cosa correcta que yo hice en la vida. La única cosa que fue en la vida de verdad para mí, sin consideración a nadie más."

Su amiga suspiró, mientras descansando su codo en un regalo floral-envuelto grande cuando ella envolvió su barbilla en su mano. "El Sr. Carr es tan encantador." Ella arqueó un frente justo. "¿Él luce tan encantador desnudo?"

"Encantadoramente," Violeta sarcástica y ellas se rieron una vez más.

Pasaron unos momentos más en el cómodo silencio tanto las dos trabajaron. En alguna parte en la casa un reloj tocó fuera la hora.

"Las diez." Violeta alzó su cabeza cuando la última nota se marchitaba. "Nosotros

volveríamos ahora mismo de la iglesia." A pesar de su certeza que era bueno que su compromiso había acabado antes de esta hora, ella no se podría ayudar sintiendo un poco la punzada de dolor por la pérdida de su día de bodas.

Y todos estos regalos.

Sarah olfateó cuando ella asomó fuera a la mañana gris y empañada. "Bah. No es un día muy alegre para una boda. Aunque, habría sido mucho más romántico si el Sr. Carr se hubiera entrometido durante la ceremonia en lugar de la fiesta de anoche."

Estaría más iluminado también, por lo que Payen estallaría en llamas en el día.

"Supongo, pero entonces Payen me habrían humillado delante de Vicar Carlson y todos esos invitados."

Sarah la disparó una mirada interesada. "Por lo menos él esperó hasta que fuera simplemente los cinco ustedes para hacer semejante anuncio."

"Sí," ella murmuró, pero ella no tenía la ilusión acerca de lo que habría pasado si la situación no hubiera seguido esa dirección en particular. "Payen lo habrían anunciado delante de todos si significaba detener a Rupert y a mí de casarnos."

Maldito hombre, ella no supo si ella quiso besarlo o matarlo.

Un suspiro flotó por el cuarto. "Él debe amarla mucho."

Violeta cabeceó. "Yo pienso que sí, pero él lo negaría si yo le preguntara."

"¿Por qué?"

"Él afirma que él detuvo el matrimonio debido a algo que él supo sobre Rupert."

La nariz de Sarah arrugó. "Yo no puedo imaginar Rupert hacer algo en la vida tan excitante que lo involucrara en un escándalo—antes, claro."

"Claro." Los labios de violeta encorvaron. "Yo no estoy en libertad para discutir los detalles—después de todo, no sé si la información de Payen es verdad, y eso es preocupación de Rupert, no mía. No ya."

"Pero todavía, el Sr. Carr debe preocuparse de tí si él fue a las tales longitudes."

"Yo esperaría eso."

"¿Te casarás con él?"

"Él no ha preguntado."

"¿Pero si él lo hiciera?"

Sonriente, Violeta todavía ponía otro paquete al lado. "Si él preguntara, yo diría sí."

Un ladrido exuberante de risa pelado de la garganta de Sarah, aclarando sus ojos y mejillas cuando ella aplaudió sus manos en el deleite. "¡Que maravilloso! ¿Piensas que él quiere?"

Su sonrisa se marchitó. Violeta intentó con mucho esfuerzo no mentirse a ella misma y no estaba a punto de empezar ahora. "No."

Toda la alegría agotó de la cara de Sarah. "Oh, Violeta."

"No temas, querida. Yo no soy demasiada orgullosa para preguntarle." Eso devolvió la luz a los ojos de su amiga. No le gustó ver la piedad en su expresión—no de Sarah para ella.

No cuando ella se había levantado por dos juegos maravillosos de padres, tenía una fortuna propia y amigos que la amaron. Sarah no tenía tanta criatura para confortarla como ella, y todavía nunca se quejó. Ella nunca comparó sus circunstancias. Ella simplemente se había presentado en el paso de la puerta un día cuando Violeta vino primero a Hertford, y preguntó si Violeta sería su amiga. Violeta había tomado una mirada a la muchacha pequeña flaca que tenía una cabeza más pequeña que ella o por lo menos dos cálculos más claros y pensados que sí, ella lo sería.

"¿Tú lo harías, no es así?" Como siempre, Sarah nunca parecía saber si Violeta estuviera bromeando o no. "¿Le preguntarías?"

Violeta cabeceó. "Lo haría." Y ella sólo por fuerza—si ella pudiera tomar valor. Ella sabía de Henry que Payen estaría quedándose unos días—algo sobre querer asegurarse que no había ninguna repercusión negativa de la Palma de plata. Su presencia agregaría más caldo al escándalo, pero lo peor de ello ciertamente ya había pasado.

Ella tenía una idea bastante buena de lo que sería su respuesta—algo sobre él siendo un vampiro y ella un humano. Dulce Dios, no era eso bastante fácil para remediar? Todo que él tenía que hacer era hacerla un vampiro también—el muy necio.

La puerta fue abierta de golpe y en el estallido de Eliza, su cara carmesí y sus ojos salvajes. Ella no se había quitado su sombrero o guantes ni siquiera. "¡Yo voy a estrangular a Payen Carr!"

Violeta arqueó un frente. "¿Usted ha ido al pueblo, cierto?"

Su guardián cabeceó, mientras todavía intentando coger su respiración. "Lo hice."

"Aunque Henry le dijo expresamente que no fuera. Eliza, usted fue buscando problemas, y lo encontró, no es así?"

"Me encontré a mí," la mujer más vieja contestó defensivamente. "Yo estaba en la tienda de guantes buscaba un nuevo par de guantes grises cuando la Señora Randall se aprovechó de mí—esa mujer vil y miserable."

Los ojos de Sarah ensancharon al veneno en el tono de Eliza, pero Violeta forzó una sonrisa pequeña. "¿Ella no podría esperar para decir algo, eh?"

Eliza agitó su cabeza cuando ella arrastró a su alfiler del sombrero. "Chismeando y entrometiéndose."

Plegando sus brazos encima de su pecho, Violeta se aseguró. "¿Entonces qué es lo que habla el pueblo? ¿Estoy arruinada?"

Los brazos de Eliza arrugaron a su lado como una muñeca de trapo. Derrotado, ella hundió en una silla al lado de Sarah, mientras sosteniendo su sombrero en su regazo. "Sí." Su mirada cerró con llave con Violeta. "Estoy segura que Rupert no tiene nada que ver con esto, pero dado la llegada intempestiva de Payen y el hecho de que él se había ido tan abruptamente hace cinco años...Los chismosos estan convencidos que eran amantes y que Rupert salió llorando debido a eso. Yo lo siento mucho querida mía."

Arruinada. La palabra parecía tan extraño en la cabeza de Violeta. La ruina era lo que pasó cuando algo se ensució más allá de la reparación. Ella no se sentía ensuciada.

Eliza estaba ahora al lado de ella. "Nosotros iremos a Francia o a Italia. Encontrarás a alguien allí, o por lo menos permitir al escándalo apagarse."

Violeta agitó su cabeza. "Yo no me iré. No todavía."

"Pero querida—"

"No, Eliza." Su tono era afilado, rompiendo ninguna negativa. "El tiempo pasado yo

verifiqué, tomó a dos personas para provocar el arruinamiento de una mujer. Payen Carr me lo debe. Yo le permití escaparse hace cinco años, pero él no va a correr esta vez lejos."

A Eliza no le gustó obviamente la mirada en su ojo. "¿La violeta, qué estás planeando?"

"Payen es mío, y yo soy suya," ella contestó, su convicción saco el melodrama de sus palabras. "Y va siendo tiempo que él dedusca eso. Yo voy a casarme con ese vam...hombre, así sea la última cosa que yo haga."

Capítulo 4

Que Eliza no hubiera cumplido su amenaza en abrir las cortinas de su cuarto fue el primer pensamiento que se le ocurrió a Payen cuando él se despertó esa tarde.

El segundo el beso que le había dado Violeta la noche antes, su sabor le quemó en su memoria durante todo el tiempo.

¿Por qué podría una mujer cuyo matrimonio acababa de ser interrumpido—por ponerlo suavemente—besar al hombre responsable de ello? Y las cosas que ella había dicho, las preguntas que ella hizo. ¿Por qué infiernos razonaba ella de esa forma?

Preguntarse porque él regresó, en verdad. Él había venido a impedir casarse a un hombre que era parte de un gran mal. ¿Ella pensó que él tomó placer estropeando su boda?

Dios, él tenía la esperanza que no, porque él había tomado el placer en ello. Había habido más placer impidiendo a Violeta casarse con Villiers de lo que había tenido en los últimos cinco años de su vida.

Patético, eso era.

Y él resolvió no pensar en eso más tiempo. Él sabía cuando dejó a Violeta la última vez que allí no habría futuro para ambos. Tanto como él la adoró, los años habían echado a una demasiadas mujeres caprichosas en su camino. Los años se habían llevado una demasiado lejos también. Él había sido traicionado, devastó, puesto en peligro, y se hizo un necio por mucho tiempo.

La parte risible era que nada de eso lo había endurecido contra las mujeres o el amor, sino le había hecho un cobarde, renuente para arriesgarse su corazón—o de cualquiera—

cuando había semejante posibilidad aplastante de tenerlo roto.

Él escuchó en la oscuridad, mientras concentrándose en los sonidos de la casa que hasta que encontrara el que buscaba. Violeta. Ella estaba hablando con Eliza, preguntando si Payen hubiera dado cualquier indicación acerca de cuánto tiempo él planeaba quedarse.

Lo suficiente para asegurarse que ella estaba a salvo. Entonces, él se iría de nuevo, pero él había hecho arreglos para Eliza y Henry tengan uso de sus propiedades en Francia o Venecia si Violeta decidía irse al extranjero hasta que el escándalo se calme. Él no había oído nada, claro, pero una boda cancelada siempre causaba de que hablar.

Una vez que él sabría que Villiers no era ningún amenaza más para Violeta o los Rexleys él seguiría, y sería un tiempo largo antes de que él regresara—eso sería toda la vida de ellos. Era bueno para todos involucrados si él se apartara de Violeta como fuera posible.

Echando las sábanas atrás, él se resbaló fuera de la cama y caminó desnudo por el cuarto oscurecido al baño de su cuarto. Él se lavó y vistió y entonces encendió una lámpara y se sentaba para leer durante un rato. Leer sosegaba su mente, y ayudaba acortar las horas restantes hasta que el sol de verano empezó a hundirse en el oeste. Casi como si él tubiera puesto un reloj interior, supo exactamente cuando era seguro dejar el cuarto e ir abajo.

Y cuando él lo hizo, Violeta no estaba allí.

"Ella decidió tomar una bandeja en su cuarto," Eliza le dijo. La mirada ella le dio no dejó ninguna pregunta acerca de quién era responsable para su anti sociabilidad.

No había nada que él podría decir para que a su amiga estuviera menos enfadada con él. Nada que él podría decir para mejorar las cosas. Él sólo podría esperar que Eliza, y especialmente Violeta, aprendieran a perdonarlo.

Aunque Violeta no había parecido toda disgustada con sus acciones anoche. De hecho, ella le había agradecido. Así que, por qué ella estaba evitándolo ahora?

La pregunta lo carcomía durante la cena. Él comió porque le dio un sentido de normalidad y hábito, no porque le diera sustento. El cual encontraría en otra parte después esta tarde, cuando él pudiera salir furtivamente fuera sin que alguien supiera que él salió.

Pero antes de que él se fuera, iba a tener que hablar con Violeta. Cuando la tarde llevó adelante, Payen se agitó cada vez más. ¿Qué si algo estuviera equivocado? ¿Qué si Villiers hubiera intentado avisarle? ¿O qué si ellos planearan una fuga?

Eso era ridículo por supuesto, porque Violeta había parecido tan aliviada la noche antes. Sin embargo, él se había engañado por otra aparentemente "honrada" mujer en el pasado. Si la conducta de Violeta significaba dejarlo fuera de sí, ella había tenido éxito.

Malditos sean todos, si ella se escapara con Villiers él la cazaría hasta el fin del mundo y traería a su infierno de regreso. Y le sacaría la cabeza a Villiers con su propias manos.

El pensamiento sobre ella corría lejos incrementando su agitación. Las imágenes de ella riendo con Villiers, besándolo, permitiéndole tocarla revoloteaban a través de su mente, torturándolo más que cualquier adversario que hubiese tenido, hasta estaba caminando sin rumbo en el salón como una bestia enjaulada, preparado para atacar incluso la presa más pequeña.

Mirándolo cautelosamente, Eliza anunció alrededor de las once que ella y Henry estaban acostándose. Henry abrió su boca, pero una mirada de su esposa lo cerró. Su amigo disparó Payen una mirada simpática. "Buenas noches, Viejo muchacho."

Payen no tenía que forzar una sonrisa. Él no podía recordar en cuanto tiempo alguien de esa familia no se había referido a él como "Viejo Muchacho." "Buenas noches, Henry. Eliza."

Ella cabeceó su cabeza meramente a él. Y entonces, cuando ella siguió a su marido del cuarto, ella se volvió y fijo a Payen con una mirada que podría helar al fuego.

"Ella me pidió que no dijera nada, pero yo pienso que tú debes saber. Tu pequeño espectáculo ha dañado anoche irrevocablemente la reputación de Violeta. Las chismografías tienen ustedes dos clavados como amantes, y sin tener en cuenta cómo de verdadero eso podría haber sido una vez, ella va a sufrir ahora por eso. Yo tengo la esperanza en Dios que tú tenías razón sobre Rupert, porque ella esta arruinada, Payen. Lo peor de todo, tú podrías arreglarlo, pero yo sé que no quieres. Y Violeta también."

Ella salió entonces, con esas palabras amargas que pican como mil avispas enfadadas. Payen miró fijamente la puerta vacía, se bañaba en la vergüenza, y lo peor—el remordimiento.

No era ninguna sorpresa que ella no bajara a cenar. Cualquier sentimiento amable que ella tuviera para él la noche anterior, estaba ahora ciertamente destruido.

Era bueno de esta manera. Sería más fácil cuando él se fuera, sabiendo que ella lo despreció. Ella seguiría con su vida y él podría seguir finalmente con la suya.

Es más fácil ser maldecido. Él no podría gastar el resto de eternidad sabiendo que él la había lastimado. Los últimos cinco años habían sido el infierno, él no podría llevar cientos más. No podía permitir que Violeta viviera el resto de sus días pensando lo peor de él.

Él estaba a mitad de camino de los escalones antes de que comprendiera que él había dejado el salón. El cuarto de violeta estaba en el extremo lejano del hall—bastante lejos fuera de Henry y Eliza para dar su retiro. Desgraciadamente, él tenía que pasar las cámaras de Rexleys' para alcanzar a Violeta. Por suerte, si él estaba seguro y de pie tan suave como un humano, y ahora estaba más malditamente cerca a ser un gato.

Él no golpeó. No podía arriesgarse a que nadie lo oyera. No se arriesgaría a ser

rechazado. Él giro la perilla de la puerta, estaba sorprendido de encontrarla abierta, y abrió la puerta, permitiéndose entrar en su cuarto privado sin siquiera un "por favor."

Ella estaba sentada por la ventana, bañada en la luz de la luna y la luz suave de una lámpara, llevando una camisa de dormir pequeña débil y envuelta. Él podría ver el suave rosa de su muslo a través de la tela delgada, el rubor de un pezón duro.

Cristo.

Violeta buscaba en su libro, no sorprendida ni un poco de verlo a él, o que él se había entrometido en su cuarto.

"Buenas noches, Payen." Alzandose de su silla, ella lanzó el libro al lado, y estaba de pie ante él, pelo espeso, glaseado que ondea alrededor de sus hombros, el almizcle débil de excitación que se aferra a su carne. "Cerraste la puerta, cierto. No quiero que nosotros seamos interrumpidos."

* * *

No era victoria la que estremeció a Violeta hasta sus dedos de los pies, sino la realización que Payen no era más resistente que ella a él, saber que ella no estaba sola en esta necesidad instintiva.

Ella se había pasado la tarde esperando por él, sabiendo que él la quiso tanto como ella lo quería, él vendría a ella, incapaz de resistir estar separados.

Dios, cómo ella lo amaría siendo correcto.

Ella se movió a él. Estando de pie ante él, sus miradas se encontraron, fundiendose juntos por este calor compartido, ella soltó los lazos del frente de su túnica y se encogió de hombros sacando el delgado raso de sus hombros. Se cayó de sus brazos con un cuchicheo y se agrupó alrededor de sus tobillos con una caricia mansa.

Payen al color del Jerez- pinto con la mirada que cayó en la pesadez de sus pechos bajo su camisa de dormir. La respiración de violeta retenida, afilado y crudo en su garganta cuando él cubrió ellos con sus manos. Sus dedos eran calurosos y firmes cuando le dieron masaje a la carne necesitada, el cepillado de los dedos pulgares a las crestas con ternura brutal. Sus pezones endurecieron, mientras apretándose con cada golpe. Las chispas de placer encendieron entre sus muslos, en lo más profundo de ella en ese lugar que sufría de ser llenado por él.

Mirándose fijamente, Violeta alzó sus manos. Enganchando sus dedos bajo las correas del vestido, ella los tiró abajo de sus hombros. Él alzó sus manos para que su camisa de dormir se cayera al suelo encima de la envoltura ya desechada. Desnuda, Violeta se detenía al inventario bajo la mirada de Payen. Semejante apreciación íntima normalmente sería incómoda y demasiado -consciente, pero no había nada de eso con él, porque ella supo que a sus ojos, ella no tenía ningún fallas—al menos físicas. Él parecía amar las curvas llenas de su cuerpo, la anchura de sus hombros y caderas.

"Eres tan hermosa," él susurró, las puntas de sus dedos que rozaban la redondez pálida de su barriga, a sus pechos de nuevo. "Mi dulce reina guerrera."

Violeta se estremeció a la caricia de sus manos y voz. Ella estaba temblando ahora, y él apenas la tocó. "Desnúdate."

Él sonrió abiertamente, lentamente, extendiendo el seductor de sus labios. "Oblígame."

¿Cómo ella podría resistirse a semejante desafío? La satisfacción ondeó a través de ella cuando tiró su chaqueta debajo de sus brazos y lo echó al lado. Su corbata y chaleco siguieron, y todo tiempo, él estaba de pie allí bajo sus manos. Él alzó un dedo ni una vez para ayudar a los dedos de ella—los suyos estaban en otra parte ocupados, en cualquier parte referente a ella que él pudo, erizándole la piel en las partes más sensibles de ella.

Cuando ella tiró el resto de su camisa libre de sus pantalones, Violeta lo acariciaba con anticipación. Su cuerpo parecía caliente y espinoso, partes de ella fuerte con necesidad y otros firme con deseo. Sus pechos cepillaron el torso de Payen, el lino de su camisa que rasguñando su carne, haciendo que su boca se abriera cuando eso rozó sus pezones.

Ella tiró de su camisa. Él agarró el dobladillo y lo tiró encima de su cabeza, echándolo al suelo.

Su dorado y fauno pelo fue arrugado, poniéndose de pie como si tuviera un poco de púas que hicieron a sus manos tener comezón por resbalarse a través de las cuerdas de seda. La lámpara prestó las hondonadas bajo sus pómulos altos y acentuó los músculos ondeados de su pecho y abdomen.

Su boca se seco, Violeta levantó una mano ávida. Ella tocó la piel calurosa, lisa de su hombro, su dedos acariciando, deslizándose encima del músculo liso y los huesos nudosos. Entonces abajo, su mano fue, encima de lo firme, carne satinada de su pecho. Sus pectorales estaban definidos y separaron por una marca ligera que corrió abajo a su estómago dónde un sendero fino de pelo de seda desapareció bajo la cintura de sus pantalones.

"Pienso que eres hermoso," ella murmuró, mientras resbalando ambas manos ahora encima de él. "Como un dios dorado." Ella se preocupó si pareciera tonta, así era como ella lo veía. Ella rastreó marca de su ombligo con su dedo, sonriendo cuando él absorbió una respiración rápida.

"Sólo un dios se resistiría a ti," él le dijo, su voz ligeramente ronco.

Brevemente, Violeta encontró el calor de su mirada y vio verdad y deseo allí. Su corazón se encogió y apretó. Ella tuvo que desviar la mirada. Su mirada resbalaba abajo, a la protuberancia en el frente de sus pantalones. Alcanzando abajo, ella lo cubrió con su mano, sonriendo al gemido que escapó sus labios cuando ella frotó la longitud dura de él

con su palma.

"Me han dicho," ella susurró, mientras apoyándose cerca de su oreja, "que un hombre encuentra muy agradable cuando una mujer pone su erección en su boca."

Bajo su mano la erección de Payen tiró bruscamente. Él se rió entre dientes suavemente, sus dedos se arrastran abajo su espina para acariciarle una nalga. "Es verdad. Tú vas a poner mi miembro en tu boca, ¿V?"

Tirando atrás, ella se encontró su mirada sin vergüenza o turbación. "¿Te gustaría eso, Payen?"

"Cristo, sí."

Sus dedos con torpeza, desabrochó las caídas de sus pantalones, su mirada nunca dejaron las suyas mientras ella resbaló la lana fina hacia abajo a la firmeza delgada de sus caderas y muslos. Arrodillándose, ella quitó sus zapatos y tiró sus pantalones encima de sus pies. Ella los echó al lado y se sentaba atrás en sus pantorrillas, tomando un momento para gozarse en su desnudez.

Ella frotó su mejilla contra su muslo, sintiendo el pelo elástico allí y caliente, la carne firme. Entonces, volviéndose su cabeza, ella admiró el salidizo orgulloso de su erección, la longitud y tamaño de él. Ella era responsable por eso—su deseo y disposición.

Por un momento, ella dudó, y entonces extendió la mano y envolvió sus dedos alrededor de su espesor. Su cuerpo se tensó en la contestación. "Eso es," él murmuró. "Tócame. Láname."

Violeta no necesitó más estímulo. Sus palabras parecían golpear directo al mismo centro de su sexo, intensificando el dolor caliente allí. Ella podría sentir la humedad en sus muslos, el aire fresco en diestra, su piel acalorada. Ella besó la punta, corrió su lengua a

lo largo de la cabeza lisa, de seda, todo el rato que acaricia con su mano.

Payen gimió.

Sonriendo tímidamente, Violeta alzó su cabeza para mirar fijamente a él. Otra lengüetada.
"¿Te gusta?"

Sus labios partieron en un grito sofocado cuando ella simplemente puso la cabeza dentro de su boca y chupó suavemente. "Cristo, sí. Más. Por favor." Su cabeza se retiró cuando ella aplicó más presión. "Succionalo."

Ella lo hizo. Violeta lo bañó con su lengua, saboreando su piel. Ella lo tomó lleno en su boca para que la cabeza llenara su garganta cuando ella lo acarició con su lengua, entonces se retiró para torturarlo con lengüetadas y pellizcos, bombeándolo con su mano. Él sostuvo su cabeza en sus manos, sosteniéndola pero en cierto modo le permitía moverse, pero no para soltarlo. Como si ella lo haría.

Este poder estaba intoxicándolo. Cogiéndolo por los lados, Violeta meneó su cabeza de arriba abajo, mientras resbalando su boca encima de la longitud resbaladiza de él sus dedos se apretaron en su pelo.

"Vi," él abrió la boca. "Violet...oh." Entonces él atiesó y se estremeció, gimiendo tan alto cuando el se vino.

Soltándolo, ella subió a sus pies. Él estaba apoyándose atrás contra su vanidad por apoyo, volvió su cabeza cuando abrió la boca para respirar. Él era completamente hermoso.

"Eres increíble," él le dijo cuando se enderezó. Ella se arregló bajo la alabanza. "Ahora, es turno para saborearte. Es demasiado extenso."

Él tenía razón. Simplemente el pensamiento de lo que él quiso hacer llevar a Violeta corriendo prácticamente a la cama. Subiendo hacia el colchón, ella se apoyó atrás contra las almohadas y extendió sus muslos. ¿Él podría oler su humedad, su excitación?

Payen la siguió hacia la cama, arrodillándose entre su cobertor con las rodillas, con una sonrisa seductor. "¿Ansiosa?"

"Sí." Cual era el punto si mentía. "Quiero tu boca en mí, tu lengua dentro de mí." Él le había hecho eso a ella antes y ella había pensado que se había muerto, se sentía tan bien.

Ella no tenía que preguntar dos veces. Asegurando sus antebrazos, Payen bajó su cabeza al valle acalorado de sus muslos. El primer golpe de su lengua hizo sus caderas meterse la contestación, traqueteando sus sentidos en lo supersensitivo.

Él era cruel con su lengua. Él la lamió, chupó en ella hasta que ella pensara que ya no pudiera soportar más, la llenó de su lengua. Y entonces, él le resbaló un dedo largo dentro de ella, acariciando un lugar en lo más profundo, eso la tenía retorciéndose y abriendo la boca bajo él cuando su lengua encontraron esa mancha pequeña firme que dolió con la promesa de placer increíble. Y entonces ella entró en un gran diluvio de calor que la tenía estremeciéndose y ahogándose en sus lamentos con su mano.

Payen no le dio tiempo para recuperarse. Él no pudo. Él era de nuevo duro, firme y pesado con la necesidad de estar dentro de ella. Sosteniendo sus rodillas separadamente, él posicionó la cabeza de su erección contra la entrada empapada de su cuerpo, y despacio se resbaló dentro. Ella era tan firme, tan húmeda cuando se extendió para acomodarlo. Maldición estaba cerca de matarlo ir lentamente, pero el arrullo de Violeta de deleite le dio todo el refrenamiento que él necesitó.

Apoyándose abajo, él arrastró sus besos calientes, húmedos a lo largo de su cuello. Él pellizcó suavemente con sus dientes—justo la raspadura más desnuda de colmillo. Ella

abrió la boca, mientras arqueando sus caderas ascendente para que él se enterrara totalmente dentro de ella. Él no iba a morderla. Tan bueno como sería para los dos de ellos, él no quiso nada que interfiriera o disminuyera este momento.

Había sido demasiado largo desde que él enfurtiría esta integridad. Demasiado anhelo desde que Violeta le mostró lo que se sentía estar en casa. Se envolvieron sus brazos y piernas alrededor de él como la hiedra, mientras sosteniéndolo tan herméticamente que él podría sentirlo en su pecho—en su corazón.

Su boca fue a sus pechos, lamiendo y chupando cada pezón hasta que ellos estuvieran de pie altos y estirados, rojos y arrugados. Violeta abrió la boca y gimió, ondulando bajo él. Sus dedos cogieron a su pelo, excavó en su cuero cabelludo cuando ella lo sostuvo a su pecho. "Más fuerte," ella rogó. "¡Oh, Payen, más fuerte!"

Él la mordió. Él no lo hizo con ese propósito —sólo quiso pellizcar al dulce pezón de carne en su boca, pero sus colmillos estaban totalmente extendidos y ellos agujerearon la carne delicada alrededor de su aureola. Violeta ha arqueado atrás, mientras dejándose a la mordedura cuando los ansiosos pequeños sonidos se resbalaron de entre sus labios.

Payen permitió el sabor de ella llenara su boca cuando él se zambulló dentro de ella. El empujón caliente y mojado, Violeta contra él, cada golpe que lo traía más cerca del borde, cuando ella tembló y gimió bajo él.

Los movimientos de Payen vivificaron. Él se iba a venir. Cada momento solo de los últimos cinco años, cada noche vacía había merecido la pena para tener a Violeta envuelta en él, suplicándole llegar a su climax. Él destruiría literalmente montañas por esta mujer, el único que lo había aceptado alguna vez sin preguntar.

Ella lo aterró, y nada había todavía tan perfecto como la paz que él se sentía en sus brazos. Ella le perteneció a él. Y Dios lo ayude, él le perteneció a ella.





Entonces esto le pegó. Un lamento roto rasgó de la garganta de Payen cuando él se zambulló bajo ella. Él se atiesó cuando su climax lo extremesió, golpeando sus caderas contra el suyo cuando ella arqueó, clamando su propio descargo contra su hombro.

No fue hasta después de unos momentos, cuando él estaba quedando al lado de ella, disfrutando escuchar el retardar de su respiración, que Payen sentía la primera punzada de pesar.

Capítulo 5

Violeta supo lo que la expresión en la cara de Payen significó. Ella lo había visto hace cinco años, sólo antes de que él saliera de su vida.

"Di que lo sientes y yo lte castraré," ella incluso gruñó en una voz extraña a sus propias orejas.

Payen dio tirones, la culpa encendiéndose en sus ojos. "Violeta, yo..."

"Te lo digo, Payen. Yo tengo un abridor de cartas de plata en mi escritorio."

Una sonrisa triste encorvó sus labios. Que él no parecía tomar su amenaza en serio no era casi tanto un insulto como el hecho que él no la tomó dándose a él —en lo que debe de haber sido en serio su noche de bodas con otro hombre—tan enserio como su osadía. Él era el único hombre con el que ella había tenido sexo alguna vez — el único hombre con quien ella había compartido una cama alguna vez. El único hombre a quien ella había dado su corazón alguna vez.

Ella no le permitiría ensuciar su percepción por haberlo escogido.

Su mano se acomodó en el colchón, Payen orientó su cuerpo hacia ella. Los músculos en sus brazo se pandearon abajo al oro tenso de su carne. La cuchillada de sus costillas atrajo su atención a las hojas que agrupan alrededor de sus caderas delgadas. Él era una distracción bonita, mientras haciéndole olvidarse de las demandas de su corazón con la tentación de su cuerpo.

Casi.



"Tú quieres correr lejos," ella murmuró, mientras atrayendo su mirada hacia arriba a su cara que no era menos impresionante que el resto de él. "AL igual que lo hiciste hace cinco años."

Él alcanzó la distancia escasa entre ellos cubriendo su mejilla en su palma. Su dedo pulgar acarició su carne suavemente que cuando él miró fijamente tan dulcemente en sus ojos con una mirada que rompió su corazón. Esto lo hirió mucho—muchísimo—saber que él no se permitiría estar con ella. "Tan rápido como pueda," él contestó.

Ella no podría odiarlo, tan enfadado como él quería. "¿Por qué?"

Los dedos calurosos susurraron encima de su labios—con caricia frágil, uno que hizo su respiración retenerse en una simple, ligera reverencia. "Sabes por qué."

"Dílo." Las palabras salieron como un cuchicheo ronco, hecho más áspero por la estrechez de su garganta. La violeta agarró la sábana a su pecho, no para ocultar su desnudez, sino para crear una barrera de algún modo entre él y su corazón. No funcionó, claro, pero la hizo sentirse más fuerte, la impidió volverse su cara a su mano, y excavando allí como un gatito necesitado.

En la luz débil su mirada era inteligente como el ojo de un tigre pulido. "Yo soy un vampiro."

"Yo sé lo que eres." ¿Él pensó que era una niña tonta? Ella sabía lo que él era desde hace años—mucho antes de darle su virginidad. Mucho antes de que ella se enamorara de él. Poco después viniendo a vivir con Eliza y Henry, ellos habían estado fuera para un paseo de la tarde su caballo había huido, por la aparición de un conejo. Payen había retenido a su caballo—a pie. Si ésa no hubiera sido ninguna prueba suficiente de que él no era humano, el hecho que él no parecía nada diferente ahora que él tenía ciertamente más de una década temprana lo era.

Su mano se cayó fuera de su mejilla, pero él no se marchó. Él no lo hizo; puso la mayor distancia físicamente posible entre ellos. "Y tu eres humana."

Un punto discutible y ellos dos lo sabían. "Eso se remedia bastante fácilmente." Cuando él empezó al protestar—obviamente ella supo que no era así de simple—ella lo corto. "Tendrás que tener algo mejor que eso."

Él habló tan prontamente que ella supo que la contestación había sido planeada — quizás incluso ensayó. "Yo hice un juramento cuando bebí del Grial de la Sangre que nunca cambiaría a otra persona."

"Eso fue hace mucho tiempo, Payen." Tan largo era más allá de su dominio de comprensión. Él era más allá de su dominio de comprensión, pero ella no se afligía. Ella podría vivir cien años y todavía saber sólo un fragmento de su vida, y no le importaba. Ella lo amó.

"Yo dí mi palabra."

Cepillando el pelo que dio volteretas encima de su hombro atrás, Violeta lo fijó con una mirada afilada. Ella ya no era una muchacha y no iba a permitirle escaparse de ella tan fácilmente como lo hizo antes. "¿A Quién estás intentando convencer que nosotros no podemos ser juntos? ¿A mí? ¿O a Ti mismo?"

"A tí," él contestó sin la vacilación, sin malicia. Entonces, con la indirecta de una sonrisa, "Y quizás yo necesito un recordatorio."

Las palabras vinieron rápidamente, sin pensar—sin cuidado. "Una promesa vieja de hace siete siglos a cambio de una oportunidad a la felicidad?"

Él casi dijo no, ella podría verlo en sus ojos. Hombre terco, tonto. Él la quiso tanto como ella lo quiso. Quizá—y ella no se atrevió a opinar— él la amó tanto como ella lo amó. "Yo

hice un voto."

"Y me impidió decir el mío propio." ¿Un golpe bajo, pero a quién le preocupaba?

"Tú me agradeciste eso." Su expresión, su postura, y su tono eran defensivas. Este tiempo él sacó lo ocurrido. "Tú querías que te dijera que no te cases con Villiers."

Él no iba a volver esto contra ella, culparla de algún modo. "Porque yo había esperado que tú albergaras un poco de sentimiento por mí." Ella no tenía nada que perder—él había tomado ya su inocencia y su reputación—su corazón y su alma. ¿Qué más podría hacer?

"Lo hago." Era un golpe bajo y ellos los dos lo sabían. Y contestó su pregunta, obviamente él tenía el poder para todavía hacerle mucho a ella. Él habló tan fácilmente, sostuvo su mirada tan cuidadosamente que sólo el parpadeo más diminuto de emoción pasó, pero ella lo vio.

Él quiso jugar, no es así? Ella tiró las mantas atrás y se resbaló de la cama. "Obviamente, no bastante."

"Maldición, Vi. No es así de simple."

"Yo pienso que es increíblemente simple." Cogiendo su túnica del pie de cama de Violeta se lo deslizó y ató la faja firme alrededor de su cintura. "O tú me amas o no lo haces, Payen."

El color huyó de su cara, y el corazón de Violeta se estrelló en miles de fragmentos afilados, dentados.

No bastante. Ella luchó con el dolor, lo envolvió dentro de ella. "Éso es lo que yo pensé." Pero Dios querido, ella tenía esperanza. Ella casi lo había creído.

En una llamarada él estaba fuera de la cama. Gloriosamente desnudo, y cómodo con ello, él vino detrás de ella. Él se detuvo a corta distancia de alcanzarla. Él tuvo mucho cuidado para no tocarla. "No lo entiendes."

Violeta se detuvo. Se encontraban pie a pie. Ella quiso golpearlo, deseaba sacudirlo y besarlo. Quería subirse en él y tomarlo dentro de ella. En cambio ella lo atizó en el pecho. "Entonces oblígame."

"Mis sentimientos para usted son inconsecuentes." Payen empujó una mano a través de su pelo en un suspiro exasperado. "Yo sabía lo que estaba haciendo cuando me volví un vampiro. Yo perdí todo lo que tenía o podría tener para volverme lo que soy."

Ella lo miró un momento, el rubor sutil en sus mejillas, achicando su mirada. ¿Por qué ella no lo había visto antes? ¿Ella había sido demasiado joven para verlo—o simplemente ciega? "¿Cuál era su nombre?"

Su expresión cerró completamente, pero no antes de que ella viera la verdad allí. "¿Qué te hace pensar que había otra mujer?"

Ella simplemente habló, su corazón golpeado ligeramente mantenido a flote por esta nueva revelación. "Porque los hombres raramente son estúpidos con alguna cosa a no ser cuando se haya involucrada una mujer."

"No piensas muy favorablemente de tu propio sexo."

"Al contrario, yo pienso a las mujeres son capaces de casi cualquier cosa. Ese hombres se engañan así fácilmente por nosotras lo que me da pautas." Ella puso una mano encima de su corazón, sentía los lentos—tan lentos como los que pueden ser de los humanos—pulsos. "Cuéntame."

"Alyce," él contestó, su mirada se nublo con una mezcla de memoria y pesar. "Y ella es la

razón por la que Stephen Rexley murió."

* * *

La incomodidad en la hermosa cara redondeada de Violeta dio paso al desconcierto antes de que la comprensión amaneciera en sus ojos. "¿El antepasado de Henry?"

Payen cabeceó, volviéndose lejos de ella cuando lo hizo. "Él era mi amigo." Él no iba a contar esta historia desnudo. Encontró sus pantalones en el suelo y los tiró adelante. Él necesitaba toda la armadura que podría conseguir.

Afortunadamente, o quizás desgraciadamente, Violeta era bastante paciente para esperar que él se vistiera y continuase. Él tiró de su camisa pero no se arropo en ella y se sentó en el borde de la cama, contemplandola a ella con una mirada cansada cuando él arrastró en sus zapatos. No era una historia agradable, pero uno que ella merecía oír. Él se lo debía por lo menos eso.

Quizá entonces ella entendería, pero él lo dudó. Maldición, ella era tan joven. ¿Hablar de amor y promesas—qué sabía una chica de su edad sobre eso? No dudaba que ella pensaba que él era como una figura romántica—un caballero blanco—su héroe. Él no era ninguno.

Ella todavía estaba esperando pacientemente, en su túnica delgada que dejó poco a su imaginación—no que él necesitara imaginación para conocer cada curva deleitable y hondonada.

Él suspiró. "Nosotros éramos ambos Templarios encargados con proteger el Grial de Sangre de la Orden de la Palma de plata. Yo simplemente había bebido de la copa y me había vuelto vampiro para servir bien a nuestra causa. Stephen dudaba si él podía o no comprometerse también a una eternidad de estar de pie entre la Palma Color de plata y el poder que ellos buscaron." Él sonrió, triste y divertido. "Yo me apresuré a la oportunidad

de comprometerme."

Y cuando la copa fue tomada por los hombres de Felipe, él rastreó los seis nuevos vampiros durante un siglo, esperando por una oportunidad para robar el cáliz de nuevo. Ellos no abusaron de su poder, aunque ellos abusaron ciertamente de los propios, pero eso cambió cuando uno de ellos cometió suicidio caminando en el alba. El resto de los cinco volvieron a la iglesia, y aprendieron que el Grial de Sangre estaba una vez más seguro.

Violeta estaba mirándolo, su expresión extrañamente ilegible. Normalmente ella era un libro abierto a él. "Yo imagino que lo hiciste. Tú amaste a Alyce?"

La bribona impaciente. Pero ella impidió morar demasiado tiempo. "Sí. Ella era una muchacha en el pueblo dónde Stephen y yo vivimos en el momento. Nosotros la conocimos a través de su hermano, un hombre joven con el que nosotros a veces bebíamos en la casa de la cerveza inglesa local." Su mandíbula se apretó a la memoria de ese hombre joven. "Yo la amé con toda la tontería que puede un hombre joven. Yo no lo sabía pero así mismo lo hizo Stephen."

Ella no parecía ni un poco molesta por su confesión, era bastante prudente para no tener celos de una mujer muerta desde hacía tanto. Quizás ella era menos de una muchacha de lo que él daba crédito. "¿A Cuál de ustedes amó Alyce?"

Payen se rió orgullosamente entre dientes—y un poco amargamente. No era tonta, su Violeta. "Sobre todos, yo diría ella misma, pero ese no podría ser justo. Entre nosotros dos, pienso que ella amó más a Stephen. Indiferente, ella sólo estaba interesada en una cosa de ambos."

"Permíteme suponer." Violeta cruzó sus brazos bajo sus pechos generosos, empujando las hinchazones generosas de sus pezones ignorantemente elevándolos como una ofrenda de culto sólo para él. "Alyce perteneció a la Palma de plata."

Quizás él debía sorprenderse que ella lo dedujo, pero parecía la parte de una novela gótica o algún cuento de moral contra el pecado y malas mujeres que parecía tan popular en estos días. "No realmente. Su hermano lo hizo. Antes entonces la Orden no había comprendido que las mujeres pudieran ser útiles a su organización. Eso vino un poco más tarde." Él no iba a pensar ahora en esas mujeres.

"¿Entonces cómo ella los traicionó?"

Tan transparente. La profundidad de la historia tampoco estaba perdido en ella, o él había hecho demasiado en su propia mente. "Me lo hice yo mismo. Yo revelé la verdad sobre mí a ella."

Los ojos avellano ensancharon. ¿Era dolor lo que iluminaba en fondo? Ciertamente ella tenía que saber que habían mujeres antes que ella. Muchas mujeres.

Pero nunca una como ella.

Los dedos largos de violeta asieron al frente de su túnica, mientras torciendo el tejido de seda. "Ella te traicionó por su hermano."

Por un momento, Payen no quiso nada más de tomarla en sus brazos y besar su insensatez—para siempre. Las palabras se dijeron con el tal horror, tal aversión. Quizás era porque ella no tenía una relación de sangre para tener la lealtad de Alyce. O, quizás era porque Violeta nunca traicionaría a un hombre que ella exigió cuidar.

Que significaba que ella no quiso a Villiers—no realmente.

"Sí. Ella confesó lo que había hecho a Stephen, por qué, no sé. El idiota vino a advertirme, un héroe hasta el fin."

"Él murió en la lucha? Henry me dijo que él murió en batalla."

Payen retrocedió antes de encontrarse con su mirada. "Éso es lo que yo le dije. La verdad, la batalla no empezó hasta después de que Stephen murió. Él murió por el hermano de Alyce, que ya había asesinado a su propia hermana por su deslealtad."

Violeta frunció el entrecejo. "Eso debe de haber sido horrible para ti."

"Yo tuve mi venganza." Él no estaba por decirle lo que él había hecho a esos hombres. Él no quiso pensar sobre ellos, pero aun después de todos estos siglos, él podría oler su sangre en el aire, sentir la tenacidad de él en sus manos.

Y su perspicaz pequeña Vi, tanto más fornida y más fuerte que su homónimo, lo miraba como si ella oliera lo que él olió y sentía lo que él sentía también. Ella habría hecho justicia allí al lado de él, con una espada en la mano.

Ella mataría para él, él lo comprendió con un traqueteo—uno súbito que pegó directamente en su corazón.

Ella tampoco estaba a punto de permitirle salirse con una historia de vieja traición. "¿Por lo que no quieres estar conmigo es porque yo podría entregarte a la Palma de plata? ¿No confías en mí?"

"Ése no es todo."

Un abrupto oscuro entrecejo disparó contra la carne pálida de su frente. "¿Tú no pensaste que yo te revelaría a Rupert? Quizás él y yo ya estamos confabulados."

Payen frunció el ceño a su ofensa. "Tú nunca harías semejante cosa." Y él supo que ella no lo haría. Nunca pensaría que ella podría.

"Entonces tú no lanzas ningún juicio contra todas las mujeres basado en las acciones de una?"

"Claro que no." Él estaba empezando a perder su paciencia.

"Pero debido a eso, tu y yo no podemos estar juntos."

"¡Maldición, Violeta!" Dibujando una respiración afilada, él se paró de la cama y caminó una vez más hacia ella. Él cubrió sus hombros con sus manos, sintiendo la fuerza suave de ella bajo sus palmas. "Las personas que yo amo se mueren."

Su barbilla recta se alzó insolentemente. "Las personas se mueren, Payen. Así los ames o no."

"Tú no entiendes." Tristemente, él entendió que no había manera de hacerla ver.

"Yo entiendo perfectamente." Ella inclinó su cabeza. "Es un poco patético, francamente."

Sus manos dejaron caer. "¿Disculpa?" Seguramente él no escuchó bien.

"Yo nunca te habría pensado semejante cobarde."

Él había escuchado bien. Indignación—enojo—aumentaba dentro de él. "Yo he matado a hombres por menos de semejante insulto."

Violeta sonrió con desprecio prácticamente a él. "Tú nunca me lastimarias físicamente a mí y ambos lo sabemos."

Pero él oyó la barbilla ligeramente ocultada. Él la había herido emocionalmente. "Yo no soy un cobarde."

"Cuando se trata de tu corazón, lo eres," ella insistió. Esta vez era ella quién alzó sus manos, poniéndolas a los lados de su cara. El instinto le exigía apartarse, mantenerse a salvo, pero su orgullo todavía lo sostuvo. Él no demostraría que ella tenía razón.

"Tú me amas." Convicción corrian en sus palabras, le hizo aun fruncir el entrecejo más profundamente.

"Yo nunca he hecho tal declaración," él insistió pomposamente.

Su sonrisa era una indulgencia serena. "Tú me amas, y yo te amo. Pero no tengo el lujo de poder esperar para siempre, Payen. Si esperas mucho tiempo para comprender que es lo que quiere tu corazón—que necesitas—yo me habré ido. Pregúntate qué preferirías tener, tu voto, o a mí a tu lado para toda la eternidad."

Payen se apartó, asustado e impuso silencio a la profundidad de su mismo ser por sus palabras. ¿Ella lo amó? ¿amarlo? No, ella no pudo. Todavía, allí no había nada excepto verdad en su sencilla mirada. Nada más que tristeza y certeza. Ella lo amó, y ella creyó que él la amó.

¿Cristo, qué había conseguido él?

Él tenía que salir de allí. Tenía que irse. Tenía que estar en alguna parte donde ella no estuviera. En alguna parte lejos.

Él retrocedió hacia el balcón.

"Prosigue y huye," Violeta dijo suavemente. "Pero si no regresas aquí a la salida del sol, yo iré en tu búsqueda, Payen Carr. Yo te cazaré hasta el día en que me muera."

Ella también lo haría. Él podía verlo. "¿Por qué?"

Su sonrisa estaba todavía triste determinada. "Porque yo preferiría gastar el resto de mi vida cazandote que extrañándote."

Éso era todo. Él no podría oír más. Él la miró fijamente que se sentía como una vida, pero en la realidad era unos segundos, y cuando su corazón no podía llevar la vista de ella más, se volvió y huyó a través de las puertas francesas. Él salió fuera del balcón abovedado y entro al cielo, disparando frenéticamente hacia un destino desconocido.

Y desde el jardín oscurecido debajo, Rupert Villiers miró con asombro.

Capítulo 6

Payen volvió de hecho por el alba. Violeta lo escuchó en las escaleras—y supo que cualquier ruido que él hacía era para el beneficio de ella.

Cuando él vino a su puerta, él estaba una vez más callado y furtivo. Violeta sintió su presencia en lugar de escucharlo, pero ella supo que él estaba allí, separado de ella por nada más que una tabla de madera que ni siquiera se cerró con llave. ¿Qué de bueno haría una cerradura contra un ser que podría aplastar piedras con sus manos desnudas? Pero más al punto, por qué ella cerraría con llave alguna vez su puerta en contra del hombre que ella amó?

La única cosa que impidió a Payen entrar en su cuarto era el mismo, y eso quitó un poco del esplendor fuera qué el placer de su retorno le dio. Ella se ponía en su cama, quieta y escuchando. Ella no estaba exactamente segura de cuando él se alejó, pero eventualmente comprendió que él no estaba mas tiempo cerca. Quizás ella se imaginó todo. Todavía, Violeta no cerró sus ojos e intentó dormir de nuevo hasta la primera luz pálida de alba se arrastró a través de su ventana de la alcoba. Ella podría descansar ahora, sabiendo que Payen era por lo menos su prisionero hasta el ocaso.

Cuando ella se despertó unas horas después, estaba con un sentido renovado de esperanza. Ella no estaba segura cómo un compromiso en una batalla de poderes de hace siglos, pero ella estaba por someterse a la lucha, cueste lo que cueste.

Su lealtad— anticuado como él era —era admirable. Violeta no tenía ninguna preocupación que él sería así de como fiel a ella. Sus sentimientos para ella no eran el problema. El problema estaba en su cabeza, su pensamiento que él no pudiera amarla, podría estar con ella, y todavía podría guardar esos votos antiguos.

Seguramente las personas que le dieron esos votos nunca tuvieron la intención que Payen no deba tener felicidad en su vida? ¿Ciertamente ellos no quisieron decir que él no pudiera convertir a su compañero en un vampiro si él así lo escogió? Si ellos lo hicieron, entonces estaban equivocados.

Sus convicciones y determinación firmemente en su lugar, Violeta se levantó y llamó por su sirvienta. Entonces, ella se lavó, se resbaló en sus prendas interiores, y se detenía mientras su sirvienta ataba su corsé. El delgado deshuesado pellizcaron su cintura de una manera halagadora, pero alzó demasiado sus pechos de forma prominente. Desgraciadamente no había nada que hacer sobre ellos.

A Payen parecía gustarles. Él les había rendido culto prácticamente la noche antes con su boca y manos. Ah, la tacto de su lengua caliente, húmeda contra el dolor sensible de sus pezones...

"¿Se encuentra bien, señorita?" Su sirvienta preguntó. "Usted se puso un poco carmesí. ¿El suspensor está demasiado apretado?"

Mortificada, Violeta agitó su cabeza. "Yo estoy bien, Anna. Gracias." No más pensamiento de Payen y el placer que él le dio. Pero un poco del escalofrío corrió bajo su espina al pensar de poder disfrutar para siempre de ese placer.

La inmortalidad no la asustó, aunque debe estar muy triste para alguien que se pasó sus noches solo. Ella no le permitiría a Payen continuar así.

Un rosa y crema rayaron el vestido de la mañana bajó sobre su cabeza, interrumpiendo sus pensamientos, y Violeta se resbaló sus brazos en las mangas cómodas. Era un nuevo vestido, muy bonito y femenino. Era elegante, pero sin muchas capas y adornos que eran tan populares estos días. Una mujer de su tamaño no quiso volantes alrededor de sus caderas y su trasero—un solo alboroto era suficientemente malo. Todavía, Violeta tenía que conceder que los colores eran favorables a su cutis y que el escote alto tomó el

énfasis de su busto. Ella no podría cambiar que ella era alta y escultural, pero este vestido—parte de su ajuar de boda—la hacía sentirse bonita y más delicada.

Quizás Payen podrían subir más temprano para verla en él.

Debe ser horrible ser el único vampiro en una casa llena de humanos. No sólo debido a la tentación obvia, pero tenía que estar muy solo. Condenado al ostracismo de la compañía debido a la luz mortal del sol, obligado a pasear la noche cuando más gente rural esté dormida en sus camas.

Payen necesitó a alguien para compartir las noches con— alguien que lo aceptara por lo que él era, y no tener ningún concepto erróneo sobre cómo sería diferente la vida a su lado. Alguien que entendiera lo que era estar solo.

Violeta no había sido tan joven cuando sus padres se murieron para que ella no los recordara. Ella los recordaba vivamente y con gran amor y dolor. Henry y Eliza habían sido muy buenos con ella, pero ellos nunca habían presumido de tomar el lugar que tenían sus padres y ellos tenían sus propios niños, ambos estaban casados ahora y cerca de hacer al conde y condesa abuelos.

Los Rexleys nunca la había hecho sentirse mal recibida, por el contrario, pero Violeta era bastante mayor para extrañar lo que ella tenía una vez, y siempre se sentía como si ella realmente no perteneciera allí.

Hasta Payen. Ella perteneció con él —tanto como la luna le pertenecía a la noche. Ella apenas tenía que hacerle admitirlo. No, ella tenía que hacerle aceptarlo.

Estaba con este pensamiento en su cabeza, esta determinación en su corazón que ella bajo las escaleras fue a enfrentar la luz luminosa del día y al escándalo de su boda cancelada que estaba por venir .

Los periodicos tendieron a simpatizar con Rupert, a pesar que la mayoría de los informes han sido escrito por mujeres. Ellos apenas no podrían entender por qué Violeta daría calabazas a semejante hombre encantador.

Luego otro vez estaba un escrito que alegremente anunciaba que ella dejaría a su marido por un hombre que se parecía a Payen.

"Si Payen no se casa conmigo yo nunca podré mostrar mi cara de nuevo en Londres," Violeta conjeturó, no sin un poco de amargor, cuando ella alzó su taza de café.

Eliza la miró encima del margen de su propia taza de loza. "¿Tú quieres casarte con Payen?"

"Yo no he tenido otra ambición desde que tenía dieciséis años." Ella tomó un sorbo de café caliente, rico. "Él me ama, Eliza. Él apenas no se permite ser feliz."

Su guardiana—su amiga—no se veía convencida. Ella pensó que Violeta era demasiado joven? ¿Demasiado tonta? Ella podría tener veinticuatro años, y quizás su experiencia del mundo estaba limitada, pero ella conocía su corazón. Y ella conocía a Payen. De hecho, ella apostaría que conocía más del vampiro que el propio Henry, quién había conocido a Payen desde que él era un muchacho.

Henry no supo la verdad sobre la muerte de Stephen Rexley. Ese pequeño recordatorio le sacó el remordimiento de la expresión dudosa de Eliza y dio la confianza a Violeta para persistir su cabeza en alto en el otro extremo de la mesa del desayuno.

Después del desayuno, ella fue a ver cuantos regalos serían devueltos, y se ocupó allí. Cuando Eliza entró después de una hora y le dijo que Rupert la mandó llamar, Violeta estaba sorprendida, para decir menos.

"¿Tú quieres verlo a él?" Eliza preguntó, mientras poniendo una mano firme pero gentil en

su brazo.

Violeta dio golpecitos a sus dedos meñiques. Eliza no podría ser la madre verdadera, pero ella tenía mucho de una madre protectora—un hecho que Violeta apreciaba y la amaba por ello. "No. Yo lo haré. Yo le debo por lo menos eso al pobre hombre." Ella miró alrededor de los montones de regalos que tuvieron que ser devueltos todavía. "Pero quizás en el salón dónde no será un recordatorio constante de mi traición."

"Él ya está allí." El asimiento de Eliza se apretó. "Habría sido más peor casarse y traicionarle."

Una verdad que Violeta supo en su corazón, pero la hizo feliz oír lo mismo decirlo en voz alta. Ella usó esa felicidad para darse fuerza cuando, unos momentos después, ella entró en el salón dónde su novio anterior esperaba.

Ella enderezó sus hombros a la vista de él. "Buenos días, Rupert."

Él lucía sorprendentemente bien para un hombre a quien su novia le había dado calabazas antes de ser desposada. "Violeta. Te ves encantadora."

"Gracias." Ella frunció el entrecejo. "¿A qué debo el ...placer de esta visita?" La opción pobre de palabras, pero ella estaba trabajando con un cerebro atontado en el momento.

Rupert recorrió la mirada detrás de ella a la puerta cerrada. "Está el Sr. Carr aquí?"

"Él está indispuesto por el momento." Y agradecidamente por eso, con la luz del sol que entra a raudales en el cuarto lo mataría. "Usted no necesita tener miedo de él, Rupert." En el momento en que Violeta dijo esas palabras comprendió que la luz en los ojos de Rupert no eran de temor en absoluto. Era de excitación— un brillo que formó un trozo de malestar en su estómago.

"Me gustaría hablarle," él dijo de repente, mientras encendiéndola con esos ojos luminosos espectrales. "Yo entiendo los recelos del Sr. Carr sobre mi afiliación con la Palma de plata, pero nos gustaría asegurarle que la Orden de hoy no es nada como a la que él lucho una vez."

"¿Nosotros?" Los malestares crecieron...

"Sí, la Orden".... y se volvió un ladrillo soplado lleno de miedo. "Le dijo a la orden sobre Payen."

"Claro." Él habló como si había sido la progresión más natural. ¿Cuán profundo él estaba en la Orden? ¿Él había pretendido su ignorancia la noche en que Payen llegó? ¿O alguien había decidido que él merecía saber más una vez que ellos oyeron hablar de la llegada de Payen? Y estimado Dios, qué sabían los hombres modernos sobre un vampiro de siete-siglos?

"Por qué les habrías sobre el Sr. Carr, Rupert?"

Él le dio una mirada furtiva. "Tú sabes lo que él es, Violeta, no juegues a ser recatada conmigo. Yo le vi dejar tu cuarto esta mañana. Muy impresionante. Me asusto al principio, pero después comprendí que maravilla es él."

¿Cómo Payen había dejado su cuarto? Por el balcón. Oh Dios. Violeta apretó una mano a ella revolviendo su estómago. Él había volado, y Rupert lo había visto.

"¿Usted me estaba espiando?" Le importaba apenas, pero era algo a lo que encauzar su enojo en lugar del miedo a que Payen estaba en peligro.

"Claro." Su sonrisa se marchitó un poco. "¿No te tomo mucho tiempo llevar al vampiro dentro de tu cama?"

Oh no. Ahora no era el tiempo para flaquear. Ella tenía que pensar en Payen. Ella forzó una expresión de confusión. "¿El qué?"

Él vino hacia ella, esa sonrisa paciente en sus labios una vez más. Todo lo que ella podría hacer era retroceder hacia atrás, fuera de su toque. "Yo no te culpo. Yo imagino que él puede ser muy seductor. Dominante incluso."

Ahora, eso simplemente la estaba desquiciando. "Él no es parte del asunto. Esto es entre tú y yo, Rupert."

"Sí. Y yo pienso que sería de beneficio para todos si nosotros seguimos siendo amigos."

Yo pienso que usted debe entregarse al Manicomio. "¿Sin tener en cuenta mi infidelidad?"

Los dedos de luz acariciaron sus brazos. "Yo puedo perdonar tu indiscreción."

"¿Por qué querías eso?" Entonces la pegó. "Tú quieres acercarte a Payen. ¿Por qué?"

Él no se molestó en fingir. "Mis compañeros de la Orden amarían hablar con él, estudiarlo. Él es una enciclopedia ambulante de conocimiento histórico, Violeta. Imagina lo que nosotros podríamos aprender."

La curiosidad académica no puso semejante destello rapaz en los ojos de un hombre que se estremecía a algo erudito, Violeta supo tanto. Ella también sabía bien que era un menospreciado miembro de la Orden de la Palma de plata. Sin tener en cuenta su propia opinión de Rupert, ella supo la historia de Payen con la secta, y supo cuánto él los odiaba a ellos. Ellos tenían que odiarlo casi tanto. El interés de Rupert era rapaz y ella protegería a su amante cueste lo que cueste.

"Tú y yo no tenemos que ser amigos para que puedas hablar con Payen, Rupert."

"No, pero yo pienso que ayudaría que él confiara en mí. Y sosegaría todos esos rumores feos sobre tí, mi estimada." Sus dedos se apretaron ligeramente en sus brazos. "Yo te adoro, Vi. Odio verte perjudicada de cualquier modo."

Él había cambiado su melodía ciertamente desde la otra noche cuando él la acusó de ser prácticamente una mujerzuela. Había un vislumbre de verdad en su ojos—bastante para que Violeta se sintiera sucia. Y bastante falso para hacer picar su espina con miedo. ¿Él estaba amenazándola, o era sólo su imaginación salvaje?

"Yo lo siento, Rupert. De verdad, pero pienso que debes irte ahora."

Ninguno se rendía fácilmente, él dio a su brazo otro apretón antes de soltarla. "Confía en mí, Violeta. Piensa en el Señor y Señora Wolfram. Yo quiero lo que es mejor para tí."

Y para él, ella sospechó. Él fue herido la noche que sus planes de boda fueron destruidos, y ella lo conocía bastante bien para saber que él no se había reconciliado en absoluto con todo eso. Él no la había perdonado. Él nunca lo haría. Él se manejó por lo que él sentía que ella podría hacer para él, en lugar de lo que él sentía por ella. Así como ella había sido cuando ella estaba de acuerdo en casarse con él. Ella había dejado ir la esperanza por Payen aunque ella soñó con él viniendo por ella.

Lo que Rupert estaba haciendo no era ahora para ella, y quizás tampoco era sinceramente para él mismo, pero era para la Orden de la Palma de plata. Ellos quisieron a Payen.

Oh Dios.

"Yo pensaré sobre eso." Era una mentira, pero parecía la manera más fácil de librarse de él.

Rupert sonrió, creyéndole obviamente. "Bueno." Él se reclinó por un beso. Ella volvió su

cabeza, dándole su mejilla.

"Nosotros hablaremos después," él dijo cuando él se acercó a la puerta.

"Claro," Pero cuando ella lo vio fuera, la cabeza de Violeta estaba llena con sólo un pensamiento.

Lograr que Payen salga del infierno de Inglaterra.

* * *

Payen estaba en el baño, echándose sobre sus hombros espesa agua caliente, sándalo-perfumado, cuando Violeta se resbaló en su cuarto. El sol apenas se había resbalado encima del horizonte en su largo descenso de extremo verano cuando él cogió el olor sutil de su perfume, oyó el golpeado y no-así-el sutil de su corazón.

"¿Verificando para asegurarte que todavía estoy aquí?" Él la llamó con un toque más de molestia de lo que él quiso decir. "¿Pensaste que yo correría lejos?"

Ella se movió en el baño con un susurro de faldas y respiración poco profunda. Era el miedo que radiaba fuera de ella lo que la hizo sentarse en lo alto, chapoteando el agua encima de los lados de la tina. "¿Qué ocurre?"

"Te tienes que ir." Esto habría sido divertido después de toda su charla de cazarlo si él corriera no era esa para la insistencia en su voz, la apelación ancha en sus ojos. Ella se arrodilló al lado del baño, distraída del agua que empaparía su bonito vestido.

Él cogió uno de sus manos frías en las suyas. "Tranquila, querida."

Ella lo miró fijamente, con sus ojos avellanos grandes y redondos. "Rupert. Él sabe lo que eres. Él dice que quiere que ahora sean amigos. Payen, yo pienso que estás en peligro."

"¿De Rupert Villiers? No probablemente." Las palabras eran más para tranquilizar la mente de ella que la suya propia. Rupert Villiers no podría ser una amenaza solo, pero en compañía de varios otros hombres experimentados en combate que conocían las debilidades de un vampiro...

Su otra mano asió a su hombro, sus dedos que excavan en el músculo bajo su carne húmeda. "Te tienes que marchar. Esta noche."

Ella tuvo miedo por él. Más de eso, ella se aterroró. ¿Cuándo alguien se había preocupado por su bien? Décadas a lo mucho. La mayoría de las personas asumía que él era indestructible, o lo más cercano que él era imposible de matar. No su Violeta. Quizás él debía insultarse que ella pensara tan poco de sus habilidades, pero él no era ese tonto. Con una claridad impar él supo que su preocupación saltó de sus sentimientos por él, y no sobre dudar acerca de su proeza física.

La realización era humillante y a la vez él estaba excitado, y él subió de la tina con un corazón lleno de una emoción que él no podría nombrar, y un pene tan firme que él podría usarlo como un ariete.

Violeta lo notó, claro. ¿Cómo podía ella no hacerlo? Ella también estaba de pie, su mano todavía en suyo.

"Yo pienso que tú no estás tomando mis preocupaciones en serio," ella le informó a él con una mandíbula firme, pero su mirada se resbaló devuelta a su erección con un interés que tenía la maldición tirando bruscamente en anticipación.

"Al contrario," Payen contestó, mientras saliendo de la tina y tirándola firme contra él. "Yo tomo todo en serio sobre ti. Tú eres como una espada que cuelga encima de mi cabeza."

Ella brilló a él. "Eso es un cumplido encantador."

Él envolvió sus dedos alrededor del nudo espeso de pelo enrollado en la parte de atrás de su cabeza, mientras sosteniéndola para que ella no pudiera rechazar. "Yo no puedo alejarme de ti, y yo sé que es simplemente una cuestión de tiempo antes de que tú te pegues a mi corazón." Hasta donde los cumplidos eran, él supo que no era uno bonito, pero Violeta entendió. Ella siempre entendía, maldición.

El calor moderado brilló en su cara, pero había tristeza en sus ojos. "Tú podrías simplemente dejarme tenerte, lo sabes. Entonces yo no tendría que recordártelo."

Él sonrió. "¿Dónde está lo divertido en eso?"

Ella no devolvió la sonrisa. "Yo no tengo tiempo desgastarlo contigo."

Él tragó un trozo extraño que estaba formando en su garganta. "Yo pensé que ibas a cazarme."

"Hasta que yo me muriera. Yo voy morir algún día, Payen. ¿Realmente quieres vivir con ese pesar?"

Él se había obligado a que no pensar sobre ello, pero aquí estaba, como un balde de agua en la cara al igual que el de anoche.

Violeta y muerte no eran algo que pensara que pudiera ayudarlo. ¿Ella era tan joven, cómo él podía pensar en su final? Y todavía, él supo que vendría. Él lo había visto tanto en el pasado.

No más Violeta. No más ojos avellanos y labios dulces. Nadie más manejándolo demente con preguntas y demandas. Ninguna espada más sobre su cabeza.

Él no podía respirar.

Los dedos suaves cepillaron su mejilla. Los dedos de violeta se pusieron secos. "Yo tomaré eso como un no," ella susurró.

Entonces ella estaba de puntillas y sus labios exigieron los suyos con una urgencia que alivió el dolor en su pecho y lo dirigió al sur. Él estaba duro queriéndola, y si ella lo permitiera, él iba a tenerla.

Pero cuando él estaba de regreso en su cama, Violeta que lo monta con sus faldas que undulan alrededor de ellos, Payen comprendió que era ella quién iba a tenerlo. Él se guió extendiendo sus muslos, a la abertura en sus calzones delgados dónde el tejido estaba húmedo con sus jugos. Su cuerpo lo aceptó prontamente, liso y caliente cuando ella lo tomó dentro, resbalando herméticamente abajo la longitud entera de él, para que sus nalgas descansaran en la cima de sus muslos.

Era rápido y urgente, con ella moliéndose contra él cuando él se aferró a sus caderas bajo la montaña de faldas y vestido. Todos que él podría hacer era arquear sus caderas y gemir, pidiéndole que lo tome de todas formas, para permitirle venirse dentro de ella cuando ella se viniera para él.

Y cuando pasó, fue notable e intenso, casi violento cuando ellos alcanzaron el climax juntos, sus voces se mezclaron cuando clamaron en alegría.

Después, Violeta se derrumbó encima de él, Payen comprendió que él estaba perdido. Él tendría que encontrar algún tipo de compromiso dentro de él, y sus sentimientos por esta mujer, porque no había ninguna manera que él podría permitirle ir de nuevo.

Ella acarició su mandíbula con sus dedos, su pecho apretó contra suyo. Él podría sentir la paliza de su corazón, incluso a través de las capas ella llevó. Tropezó a tiempo con el suyo propio.

"Me prometes que te irás," ella susurró. "Sólo esta vez, haga lo que te pido y corre."

La estrechez en su garganta volvió, pero él lo ignoró. Él no quiso dejarla. No sabía si era seguro, pero ella estaría allí en más peligro con él. "Sólo si prometes cazarme en cuanto puedas."

La cabeza de violeta alzó. Una expresión de maravilla la ablandó la cara encantadora, redonda. Las lágrimas brillaron en sus ojos. "Yo te cazaré."

Él la besó. "Yo me aseguraré de que me atrapes."

Y ése era todo lo que él podría permitirse darle a ella por ahora.

Capítulo 7

Payen se permitió tomar toda la confianza que tenía Violeta y algo más. Ella confió en él con su misma vida, pero confiando en él permitiéndole amarla era otra historia.

Ella lo amó, pero hace cinco años después de su salida súbita ella era renuente a confiar en él de nuevo con su corazón. Conociéndolo, él correría a alguna parte donde ella no lo podría seguir, y afirmando que era por el propio bien de ella.

Sus cosas fueron empacadas y enviadas por delante a Londres dónde él abordaría una nave para el continente. Una vez que fuera seguro, Henry, Eliza, y Violeta también saldrían, evadiendo el escándalo de Violeta que cayó sobre ellos. Payen vendrían por ella en Italia. Eliza estaba seguramente desaprobando eso, pero Violeta tenía que seguir a su corazón.

Ellos dijeron sus despedidas en la biblioteca dónde las puertas francesas se abrieron hacia el jardín. Ellos no tenían ningún vecino íntimo, pero el aislamiento del jardín ayudaría a asegurar que nadie pasara para ver a Payen brincar en el cielo como un murciélago—así eran cómo se empezaban los rumores.

"No me gusta correr como un cobarde," Payen dijo. "Yo quiero quedarme y luchar."

Henry lo aplaudió en el hombro. "Yo sé que quieres protegernos, mi amigo, pero nosotros hemos estado de acuerdo que es más seguro para todos nosotros si te vas. Ni Eliza ni yo queremos ver que algo te pase, y yo sé cómo te sentirías si algo nos pasara a nosotros dos." Su mirada saltó a Violeta. "O a alguien más."

Violeta se ruborizó bajo la mirada fija inteligente de ambos guardianes, pero más que todo ella se ruborizó porque Payen estaba mirándola de la manera que ella siempre lo había

querido—como a una mujer a la que no quería dejar.

"Apártate de Villiers," Payen le advirtió a ella—como si ella no había planeado hacer simplemente eso. "Él puede pensar que sabes donde estoy y usarte para encontrarme."

Violeta tragó. Antes de que ella no hubiera pensado a Rupert capaz en tal disimulo, pero su visita más temprano le había mostrado un hombre diferente del que ella pensó que conocía.

Y la hizo preguntarse—tenía él o alguien cercano a él conocimiento sobre ella y su conexión con Payen antes de esto? ¿Era Payen la razón por la que Rupert se propuso a ella en primer lugar? Qué irónico sería eso, subsecuentemente la molestia contra Payen era la razón por la que ella había aceptado corresponder a Rupert.

"¿Tienes la certeza que estarás a salvo si te vas?" Aunque había sido su idea, ella estaba teniendo segundos pensamientos.

Payen tomó uno de sus manos frías en las suyas que estaban mucho más calientes. "Sí. Villiers y la Orden los usarían más ciertamente contra mí si yo permaneciera."

"Yo pensé que dijiste que no habían muchos de la Orden."

"Yo he oído que hay todavía un pequeño grupo aquí y allí cruzando Europa. Pero todo lo que se necesita es una persona para volver a encender el interés de las viejas formas, las creencias viejas. Una persona que diga que ellos han encontrado un vampiro Templario y entonces se desata de nuevo el infierno."

"¿Qué quieren ellos de ti?"

"Venganza. Poder. Vengarse por la interferencia de los Templarios hace siglos, y el poder que ellos creen es su derecho."

Violeta miraba como algo oscureció los ojos de vino de Jerez de Payen. Su cara se apretaba como su cabeza surgió, se volvió hacia la puerta. Ella siguió su mirada. La puerta que había estado vacía tenía una figura que estaba de pie a su umbral ahora. Varias figuras realmente, pero fue una en frente que cogió su atención.

"Rupert." Maldición. Ellos no habían sido lo suficientemente rápidos.

Su novio anterior sonrió fríamente. "¿Yendo en alguna parte, Carr?"

Payen se encogió de hombros, pareciendo indiferente, pero la mano que persistió en Violeta a su lado cualquier cosa excepto relajado. "Yo hice lo que yo vine a hacer."

"Ah sí." El hombre más joven apretó sus manos juntas cuando él puso uno de sus botas con el pie dentro de la puerta. "Usted estropeó mi boda."

"Feliz por haberlo hecho," contesto planamente, mofándose de la contestación. "Violeta merece a alguien mejor que su tipo."

Rupert se rió. "Yo no estoy seguro si el vicario estaría de acuerdo con usted."

Payen sostuvo su mirada. Su cara era nula de emoción—Violeta nunca lo había visto tan cerrado, tan vacío. "El Vicario sabe sólo su propia ignorancia. El verdadero mal lleva a menudo una cara humana."

"Los monstruos siempre dicen eso." Rupert agitó su cabeza. "¿Usted sabe, antes de que se presentara, yo no tenía ninguna idea sobre la historia de la Palma de plata? Yo estoy en gran deuda respecto a mi educación. Si usted no hubiera declamado libremente de lo que era, yo habría asumido que usted y Violeta habían sido solo amantes y nada más. Imagine mi sorpresa cuando yo les dije a varios amigos de la Orden lo que usted había dicho."

Para la primera vez un ceño en la frente de Payen se plegó. Él se culpó de esto, eso era obvio. "Yo imaginaría que ellos estaban más ansiosos a educarlo."

"Oh ellos lo estaban. Lo están." Rupert se rió entre dientes. "Yo casi no creí el cuento fantástico que ellos me dijeron. De hecho, yo vine aquí para discutirlo con usted la noche anterior—y yo le vi dejar la alcoba de Violeta." Él disparó una mirada corta a ella, pero la sorpresa estaba en la cara de Eliza que se reducía más. "Yo le vi volar, y supe entonces que mis hermanos habían tenido razón."

La mandíbula de Payen se apretó. Violeta podría oírle casi maldecirse por ser tan descuidado. Ella envolvió sus dedos alrededor del puño firme que él sostuvo fijo a su lado y apretaba. Él la evitó el más breve de las miradas, pero el calor que había allí era todo lo que ella necesitó.

"¿Qué es lo que usted quiere, Villiers?" Era Henry quien preguntó. Henry duro, valiente.

Rupert guardó su atención en Payen. "El Grial de la Sangre. ¿Dónde está?"

Entonces eso era, Payen lo comprendió cuando él intentó poner el cuerpo de Violeta detrás de suyo. Ellos quisieron el cáliz de vida eterna—que estaba impregnado de la esencia de Lilith, demonios y la madre de todos los vampiros. Él podría suponer que sólo Villiers deseó probar la inmortalidad para él mismo.

"No tengo ninguna idea." Ése era sólo medio mentira. Él supo que el Grial debía estar en posesión de los hombres que lo robaron de los Templarios el día fatal de octubre hace más de seiscientos años más temprano, pero más allá de eso él no supo nada, sólo que estaba seguro. Su amigo el Padre Molyneux, un sacerdote francés joven, había sido escogido por los pocos Templarios restante vigilar a los vampiros y al Grial, pensó que el joven hombre sabía más que él. Él no estaba a punto de decirle a este pequeño sinvergüenza donde esos hombres—vampiros—estaban.

"Bien entonces," Villiers empezó, alzando una pistola. "Yo tendré que tomarlo en cambio, Sr. Carr."

Payen se rió ruidosamente. "¿Usted piensa eso, pequeño hombre?"

Villiers frunció el ceño. "Yo tengo balas de plata en esta pistola." Él cabeceó a los hombres detrás de él. "Vamos."

Payen se tensó pero los hombres no vinieron por él. Ellos fueron en cambio por Eliza y Henry, y cuando Payen se movió para ayudarlos, el cañon de pistola de Villiers' flotó para apuntar a Violeta. Dos hombres vinieron a tomarla también. Él podría oler su miedo cuando ellos la flanquearon.

Todos tenían pistolas—pistolas preparadas en él, sus amigos, y en Violeta. Disparándose lo herirían, pero incluso si él no era bastante rápido no podría salvar a los otros tres. Por lo menos uno de ellos moriría.

Dios lo ayude, él salvaría a Violeta si él pudiera, sacrificando a sus amigos para hacerlo.

Un tiro cercó fuera. Payen dio tirones a la izquierda y sentía el pasado metal caliente silvando en su oreja. Él podría decir exactamente por el olor que es lo que era. Balas de plata. Villiers no había mentido. La plata podría ser fatal a un vampiro si agujereaba el órgano correcto—como el cerebro o el corazón.

Villiers estaba sonriendo abiertamente. "Considerelo un tiro de advertencia. ¿Usted vendrá pacíficamente, Carr? ¿O tendré que conseguir que te rindas?" Detrás de él una hombre tenía lo que parecía ser una lámina grande de malla de plata.

Jesús, Cristo.

"Nosotros no queremos herir al Señor y Señora Wolfram, o a la Srta. Wynston-Jones," Villiers dijo. "Pero nosotros lo haremos si usted no coopera."

"¡Buen señor, hombre!" Henry lloró. "¿Qué diablos estas haciendo? ¡Serás colgado por esto!"

Y por un momento había un parpadeo de indecisión en los ojos de Villiers'. "No si ellos no me cogen, mi señor. ¿Qué dices, vampiro?"

Payen miro a sus amigos. Eliza y Henry estaban pálidos, las pistolas apuntaron a sus sienes. Violeta lo miró con los ojos tan grande como platillos, pidiéndole que no cediera.

Era por ella y su seguridad que él retrocedió a Villiers con un suspiro de derrota. "Yo iré de buena gana."

"¡No!" Violeta lloró. Ella se extendió por él, pero solo recorrió las manos de Payen. Su corazón era pesado con un dolor que él no podría nombrar, pero supo que él estaba haciendo lo correcto. Esto aseguraría que Violeta estuviera por una vez más segura. Una vez ellos estuvieran fuera de la casa él podría intentar sus escape—él mataría a Villiers ciertamente—pero él no podría arriesgarse a causar más daño a aquéllos que él amó.

Él debía de haber sabido que Violeta no le permitiría acabar así. Él debe de haber sabido que el amor suyo trascendió el buen sentido. Debe de haber sabido que ella nunca se sentaría calladamente mientras él la dejaba, cuando juró que él no lo haría.

Él anduvo rápidamente hacia Villiers. El cañon de la pistola apenas entrenado en él vaciló. Oh sí, la Orden había escogido bien con este. "¿Qué te prometieron ellos?" Él preguntó.

Villiers sonrió. "Dinero. Poder. Todo."

"Aún así no tendrás a Violeta."

Por un momento, el placer de Villiers se marchitó. "Yo puedo encontrar a alguien que será una mejor esposa que una gorda puta de vampiro."

Payen habrían rasgado su garganta fuera si no había sido por la nota herida en la voz del hombre joven. Él sonrió en cambio, registrando oscuramente que alguien había cerrado de golpe un grillete sobre su muñeca. Juzgando por el calor y el hecho que parecía extraer la savia de su fuerza, él apostaría que era de plata. "Debe matarlo saber que yo llegué allí ante que usted, y que yo la he tenido de nuevo."

La mandíbula de Villiers' se apretó. "Usted la ha arruinado. En todos los sentidos." Él levantó la pistola. "Quizá yo debo matarlo simplemente—permitiéndole vivir con la imagen de su cara bonita rociada por la pared del salón."

Payen no temió a la muerte, pero él no que quiso Violeta viera eso. "A sus superiores no les gustaría eso."

"No esté tan seguro. Yo seré el primero de la Orden en haber matado a un vampiro en siglos. Yo estoy seguro que su sangre sería muy útil a nuestros experimentos."

Sus miradas cerraron con llave. "Y usted me llama un monstruo."

Villiers tiró una mirada de golpe hacia atrás donde Payen resignado iba a su destino. Este pequeño muchacho estaba demasiado entusiasmado, demasiado lleno de poder y miedo y de su propia importancia. Él iba a apretar el gatillo.

Y entonces Payen se golpeó al desequilibrado. Él lo lanzó adelante un poco más de un par de pasos, pero era bastante para transmitir un mensaje suyo en Villiers. Había un forcejeo en su brazo cuando el hombre que intentaba encadenarlo a los hierros, y una explosión cerca de su oreja cuando Villiers disparó su arma.

Eliza gritó y el mundo detuvo. Él podría oler, el sabor a sangre en el aire. Él había oído que la bala hirió en la carne, oyó un borbotón estrangulado, y entonces un cuerpo golpeó el suelo en un susurro de faldas. Su volteó la cabeza y él la vio.

Su Violeta, estaba en el suelo, sangre efusiva de un agujero boquiabierto en su garganta. ¿Ella había intentado empujarlo fuera de la dirección de la bala?

Al lado de él, Villiers abrió la boca en shock, temblando como un tonto. Habría sido tan fácil de matarlo entonces, rasgar su garganta separándola con dos dedos y mirar el desagüe de vida de sus ojos.

Pero era la vida que se agotaba de los ojos de Violeta que lo impidieron hacer simplemente eso. Él corrió a ella, arrodílese al lado de ella con un aullido de rabia que agitó la casa entera. Fuera de la esquina de su ojo él vio a Villiers y sus hombres restantes escapar, y a él no le importo.

Él los encontraría después.

Sangre se extendía fuera en el suelo bajo Violeta, empapando a través de su vestido y sudando dentro de su pelo. Los ruidos de murmullos horribles vinieron de su garganta cuando su boca intentaba hablar.

"No hables," Payen exigió cuando él comprendió lo que ella estaba intentando hacer. "Jesús, Vi. No hables."

Eliza y Henry estaban de repente allí al lado de él; los dos de ellos empezaron a llorar cuando ellos vieron la severidad de la herida de su protegida. Nada había que ellos pudieran hacer. Violeta iba a morir.

"No," Payen susurró. Eso no podría pasar. Un mundo sin Violeta sería gris e inanimado, al igual que la fotografía que Lady Verge le había mostrado. Allí no habría más música,

ningún placer, ninguna risa a menos que Violeta lo causara. La idea de eso, la certeza de no volverla a ver nunca, jamás poseerla de nuevo, lo golpeó en el pecho como una explosión del cañón.

Y él supo con la certeza total, y sin vergüenza que él no podría vivir en un mundo dónde no había Violeta. Él no viviría sin ella.

Él la amó.

Y eso era el por qué, aunque Eliza y Henry tenían razón allí, él miró dentro de los ojos de la mujer que amaba y dijo, "yo voy a cazarte, Violeta Wynston-Jones."

Los ojos avellano, embotados con el susto, se encontraron con los suyos, y por un segundo se aclaró cuando su significado penetró. Ella cabeceo—tan ligeramente que él se lo habría perdido sino miraba tan estrechamente por simplemente semejante señal.

Y entonces, oyendo el retardando de su corazón y sabiendo no había mucha de tiempo para perder, Payen bajó su cabeza a la herida en su garganta dónde la plata rasgó su carne, y bebió. Él no quería causarle dolor extenso, por que él tomó sólo lo que necesitaba cuando Eliza y Henry se afligían y exigían saber lo que estaba haciendo—él no tenía respeto?

Él no los miraba y ciertamente no pidió su permiso cuando él alzó su cabeza lo suficientemente largo para morder su propia muñeca y ofrecer su sangre allí a Violeta. Los tirones de sus labios eran al principio provisionales y débiles, pero ellos crecieron en la fuerza y succión. Él le permitió beber de sí hasta hartarse, hasta que su propia cabeza desarrollara luz y mareos. Él quiso asegurarse que ella tenía bastante.

Finalmente, él se separó. Con Eliza y Henry mirándolo con horror, él tiró la corbata de alrededor de su cuello y lo envolvió alrededor del de Violeta para ayudar a que sangrara lentamente.



"Mi Dios, hombre," la voz de Henry estaba cruda con el escepticismo. "¿Qué has hecho?"

Payen volvió los ojos cansados a su amigo. "Yo espero que solamente salvé a la mujer que amo."

Capítulo 8

La boda se llevo a cabo a las ocho en punto dos noches después en la cubierta de un barco cerrado para Francia.

La novia usaba el color violeta—el color favorito del novio—en lugar del blanco. Y en su dedo, el novio sonriente puso un anillo que había pertenecido a otra futura señora Carr casi ocho siglos antes—su madre.

"¿Usted toma a esta mujer para ser su esposa?" El capitán preguntó.

Desde que él había roto sus votos a los Templarios, Payen decidió que sólo tendría razón si hacía los votos más importantes de su vida con Violeta, la mujer que él había convertido en vampiro.

La mujer que no lo permitiría alejarse aun cuando él lo quiso.

Él sonrió abiertamente a la mujer al lado de él, mostrando simplemente una indirecta de colmillo. "acepto."

Henry y Eliza estaban presentes como testigos de la ceremonia. Ni uno lo había perdonado totalmente por hacer a su anterior pupilo un vampiro y maldecirla a una vida sólo en la oscuridad, pero ni ellos no podrían contener su alegría de tenerla una vez más viva.

"Yo los declaro marido y mujer."

Violeta prácticamente saltó en sus brazos, cada pulgada dulce de ella. Él amaba poder sostenerla y no cuidado que ella se podría lastimar. Él amó su fuerza y suavidad, cada

hondonada y cada curva redonda. Él la amó.

Rupert Villiers tuvo que dejar Inglaterra la misma noche del ataque. Nadie parecía saber con seguridad donde él se había ido y por ahora Payen estaba bien con eso. En el futuro, una vez que Violeta se estableciera en su nueva vida, y los dos se establecieran juntos en su nueva vida, él empezaría la caza por el pequeño bastardo. Pero él no iba a pensar sobre eso en su noche de bodas.

Ellos compartieron una cena ligera con Henry y Eliza y entonces se retiraron a su cabaña. Payen estaba agradecido por la privacidad.

"Yo no podría resistir un minuto más con Eliza frunciéndome el entrecejo."

Violeta se rió entre dientes cuando ella le ofreció su espalda. "Ella estará bien. Podrías desabotonarme?"

Él besó el lado de su cuello. "Con placer."

"¿Ningún remordimiento?" Ella preguntó cuando sus dedos corrian abajo a la fila de perlas diminutas abrochadas a lo largo de su espina. Él la quiso desnuda. Ahora.

La parte de atrás de su vestido se abrió de un boquete, hundiéndose a sus hombros, él la volteó para que estuviesen de frente, para que él pudiera mirar en esos ojos grandes suyos y permitirle ver la verdad allí. "Yo lamento haberte dejado hace cinco años, pero yo nunca podría lamentar estar contigo ahora."

"¿Estás seguro?"

Ciertamente la incertidumbre era extraña en ella. ¿Ella dudó sus razones por cambiarla? "Yo lamento más haber atravesado el plato chino de Lady Verge."

Sus ojos ensancharon. "¿Cortaste a través de un plato?"

"Cuando yo oí que estabas comprometida, sí."

Ella se rió entre dientes tan bellamente que él no se molestó admitiendo la casualidad penosa. "Yo tengo muchos pesares en mi vida, Violeta Wynston-Jones Carr, pero amarte no es ninguno de ellos."

"¿Tú me amas?"

Sus manos ascendieron copa de sus mejillas. "Claro que lo hago. Y soy un asno por no convencerme de ti antes de esto. Tú eres el color en mi mundo, Violeta. Todas las noches son más luminosas contigo en él."

Las lágrimas se aferraron al sable oro-ladeado de sus pestañas cuando ella sonrió. "Yo sabía que tú me amabas, pero después...qué paso," ella todavía no pudo simplemente hablar sobre el ataque en ellos, "yo pensé que podrías haberlo hecho por culpa."

"Yo lo hice por razones completamente egoístas," Payen contestó, mientras arrastrando el vestido de sus hombros para que se cayera a sus pies en un montón de seda suave. "Para mantenerte conmigo para la eternidad."

Ella envolvió los brazos largos, fuertes alrededor de su cuello. "¿Ningún más carreras?"

"No a menos que sean alrededor de la alcoba. Pero yo te cazaré, mi amor. No importa donde vayas, yo te encontraré."

Violeta sonrió. "Y yo te encontraré."

Payen le habría hecho el amor allí mismo, estando de pie en el medio del suelo en una nave que osciló irregularmente bajo sus pies, pero su esposa mereció una cama en su

noche de bodas, y una vez él quitó el resto de su ropa y la suya, la cama era donde él la puso.

Ella se ponía bajo él, extendiéndose y abriéndose a su mirada y tocándose como una ofrenda pagana a los dioses. Una ofrenda a él.

Él cubrió la llenura de sus pechos en sus manos, arrastrando sus dedos pulgares ligeramente por las crestas rosas firmes. Violeta abrió la boca en el placer, sus manos surgieron para cubrir las suyas, una vista que envió una ola de deseo directo a su ya palpitante miembro. Sus pezones eran tan sensibles, tan increíblemente receptivos a su toque más ligero. Payen tomó uno entre sus labios, castigándolo con su lengua antes de que él lo pellizcara suavemente con sus dientes. Ella se retorció bajo él, mientras alzando sus caderas en invitación—uno silencioso que él aceptó, resbalándose entre sus muslos llenos para empujar la longitud ávida de él contra su humedad caliente.

Él amó la percepción de ella. Amaba su sabor, la textura, la manera que ella gimió. Él amó la manera que ella olió, todo el calor y la hembra húmeda, la dulzura y delicioso.

Él chupó y tiró a su pezón hasta que estuviera de pie rojo y estirado, y sus dedos tiraron a su pelo, entonces él se volvió sus atenciones al otro pecho. Cuando él la tenía moliéndose contra él, la ensenada pequeña diestra de su sexo llamándolo, él supo que era tiempo para seguir.

Él bajó, plantando besos a lo largo de las partes inferior de sus pechos, la carne suave de su abdomen. Él arremolinó su lengua alrededor de la piscina pequeña de su ombligo y la hoció suave, alrededor de su vientre con su mandíbula. Ella se estremeció contra el raspe de su barba incipiente, abrió la boca cuando él la rozó con sus colmillos.

Payen se arrodillaba entre sus piernas como sus manos asidas a sus hombros. El olor caluroso, salado de su excitación llenó sus orificios nasales, inundándolo con un anhelo tan grande que tomó todo el control de él.

Él separó los labios de su sexo con los dedos. El primer paso de su lengua simplemente era una lengüetada rápida para alzar sus caderas fuera de la cama. El segundo era más firme, tenía más propósito. Violeta gimió su aprobación, plantando sus talones en el colchón cuando alzó su miembro a su boca. Payen lamió de nuevo, este tiempo entrando más íntimo para que la barba ligera de su barbilla cepillara en su labio y en la piel sensible, para que él pudiera usar sus labios y lengua en ella.

Él movió su lengua implacablemente contra ella a su pequeño amigo encapotado hasta que ella estuviera sollozando justamente con el placer. Entonces, él resbaló dos dedos en ella, encorvándolos ascendentemente acariciando la pared en forma de cresta diminuta allí. Las caderas de violeta alzaron como sus gemidos intensificados, entonces, Payen apretó sus labios contra la carne dulce de su muslo interno y mordió.

Ella se vino tan fuerte que empapó sus dedos con sus músculos sujetos alrededor de ellos al igual que un tornillo de banco. Sus lamentos hicieron eco a lo largo del cuarto y su acicalado orgullo masculino que sabe que por lo menos un hombre de la tripulación tenía que haber oído los efectos de su proeza. No había un hombre vivo quién merecía la pena de salar que no entendiera lo que era hacer que una mujer grite con placer.

La presunción de Payen era efímera, la próxima cosa que supo es que él estaba sobre su espalda y Violeta estaba encima de él, montando sus caderas y zambulléndose el calor húmedo de ella abajo hacia su dolorido pene con tal desenfreno que pronto las sabanas se estaban rasgando bajo la fuerza de sus puños y él estaba gritando cuando se vino al igual que Violeta gritó durante un segundo de tiempo. Así como los temblores empezaron a menguar, Violeta se bajó encima de él para que ella pudiera hundir sus colmillos en su hombro y él en suyo, enviando otra ola después de la ola de placer a través de ellos.

"Eso estuvo bien," ella dijo después, envuelta en sus hombros cuando ellos ponían juntos en el rasgado y húmedo de las sábanas.

Payen se rió. "¿bien? Mujer, Tú serás la muerte para mí."

Rodando hacia él, ella se alzó hacia su codo. Una cortina espesa de pelo se cayó encima de su hombro para agruparse en su pecho. "¿Tú muerte? Apenas. Yo pienso que soy tú vida, Payen Carr."

Él tenía que estar de acuerdo, pero él apretó sin embargo. "Yo viví durante siglos antes que tú, tu eres una pequeña jovenzuela impertinente."

"Tú existías," ella corrigió arrogantemente. "No empezaste a vivir hasta tu primer noche conmigo. Admítelo. Es por eso que huiste."

Él la miró fijamente. Ella nunca dejaba de asombrarlo. Alzando un dedo, él lo arrastró abajo la curva satinada de su mejilla. "Tienes razón. Y yo casi me morí cuando pensé que te perdí. Yo te habría seguido en la muerte, Violeta. Yo era tan tonto para no verlo antes, pero habría acabado mi propia vida sólo para encontrarte en otra."

Las lágrimas gotearon abajo sus mejillas, y los propios ojos de Payen quemaron así como la humedad amenazó con caer encima de él.

"No tienes que volver tu espalda a los Templarios," ella le dijo. "Yo no estaré de pie de la manera de mantener sus promesas a ellos."

Tirando su cierre él la besó. "Yo te amo."

Violeta abrió su boca, pero Payen impuso silencio a sus palabras con las suyas propias. Ella no tenía que decir que ella lo amó. Él lo sentía en sus huesos, así como él supo que él podía mantener sus promesas de hecho a los Templarios. De hecho, él lo planeó. Pero esos votos vendrían en un segundo lejano y distante a los votos que él hizo a su esposa.

FIN

[Sobre Kathryn Smith](#)

Mi marido dice que yo tengo el mejor trabajo en el mundo. La única cosa que podría cubrir al ser pagada para hacer lo que yo amo es si los Libros de Avon decidieron que todos sus autores tuvieron que ser mano-alimentados el chocolate por Hugh Jackman, Mayordomo de Gerard, o John Cusack. Pero mi marido probablemente no pensaría entonces tanto en mi trabajo, tan en cambio yo le permitiré alimentarme chocolate y sigo siendo para siempre agradecido que yo tengo al marido—y el trabajo—mejor del mundo.

www.kathryn-smith.com